



TIEMPOS DEL INCENDIO

JOSÉ ROBERTO DUQUE

República Bolivariana de Venezuela
Fundación Editorial

elperroylarana

— MISION —

cultura - venezuela
(Corazón adentro)

COLECCIÓN
Páginas Venezolanas
SERIE Contemporáneos



Tiempos del incendio

República Bolivariana de Venezuela
Fundación Editorial

elperroylarana

MISIÓN

Cultura • Venezuela
¡Corazón adentro!

© José Roberto Duque

© Fundación Editorial El perro y la rana, 2019 (digital)

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.

Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

Correos electrónicos

comunicaciones@fepr.gob.ve

editorialelperroylarana@fepr.gob.ve

Páginas web

www.elperroylarana.gob.ve

www.mincultura.gob.ve/mppc/

Redes Sociales

Twitter: @perroyranalibro

Facebook: Fundación Editorial Escuela El perro y la rana

Edición

Yuruhary Gallardo

Corrección

Vanessa Chapman

Diagramación

Joyce Ortiz

Hecho el Depósito de Ley

Depósito legal DC2019000396

ISBN 978-980-14-4447-3

colección *Páginas Venezolanas*

La narrativa es el canto que define un universo de imaginarios, sucesos e historias. Esta colección celebra a través de sus series y formatos las páginas que concentran tinta viva como savia de nuestra tierra, esa feria de luces que define el camino de un pueblo entero y sus orígenes, su forma de ser y estar. Las lectoras y lectores podrán acercarse a publicaciones de esta colección en formatos libres para el disfrute del extenso imaginario artístico de nuestra patria.

La serie *Clásicos* abarca las obras que por su fuerza y significación, que trasciende al tiempo, se han convertido en referentes esenciales de la narrativa venezolana.

Contemporáneos reúne títulos de autoras y autores que desde las últimas décadas han girado la pluma para hacer fluir de su ingenio nuevas perspectivas y maneras de exponer sus realidades con la fórmula maravillosa de narrar.

Antologías es un espacio destinado al encuentro de voces que unidas abren caminos al goce y la crítica.

Tiempos del incendio

José Roberto Duque

Nota editorial

Tiempos del incendio es una novela que nos introduce en un momento histórico crucial del acontecer político y social de Venezuela. Retrata esa situación de inestabilidad y agitación que tuvo lugar a finales del siglo XX y que fue coronada por la gran revuelta del Caracazo o Sacadón de febrero de 1989. Esta novela ocupa un lugar importante en el contexto actual, por lo que no es posible considerarla simplemente una cápsula histórica: el Caracazo fue el germen de un sentimiento político, el mismo que hoy guía nuestro proceso revolucionario. *Tiempos del incendio* es más que buena lectura, es lectura necesaria, en particular para las nuevas generaciones que no presenciaron o que vivieron parcialmente un fenómeno de tal magnitud. Esta casa editorial reconoce la importancia de generar un vínculo desde la actualidad con este acontecimiento histórico —en este caso, a través de un retrato novelado— que aporte datos para una buena comprensión, compleja pero sobre todo humana, del violento alzamiento que llevó a cabo una clase subyugada. Por eso reedita esta novela de José Roberto Duque, publicada originalmente en un formato por entregas, y con el título *Jaurena*, en la revista *Épale* del diario *Ciudad Caracas*, durante el año 2013. Esta nueva edición no comporta mayores modificaciones, más allá del nuevo título y algunos ajustes en la estructura, que permitieron unificar coherentemente los dos capítulos que en definitiva conforman la obra; esto debido al paso de un formato de entregas semanales breves en revista, al libro que ahora presentamos.

Hay hechos y datos verídicos en esta historia, pero aquí predomina la ficción. Aunque hubo investigación y recopilación de fuentes orales y documentales, esto no es un trabajo periodístico o histórico, sino una mezcla de todo eso con narración libre. Llámenlo entonces como quieran, pero no me jodan con eso de la falta de rigor científico o con la ausencia de personajes importantes.

PRIMERA PARTE

Pues a mí me parecía, caballo, como decían aquellas pintas callejeras, que eso de luchar por la paz tenía tanto sinsentido como fornicar por la virginidad. Mira que llegué a armarme de una ristra de argumentos para enfrentarlos: que esos pobres conductores bajados a empujones, y algunas veces a coñazos, de los camiones –sus herramientas de trabajo– eran padres de familia, que qué culpa tenía la Coca-Cola de que las líneas de autobuses no quisieran aceptar el medio pasaje estudiantil, que a cuenta de qué había que paralizar media ciudad si el objeto era más bien ganarse las simpatías de la gente. ¿No estaban el movimiento revolucionario, la izquierda, los exguerrilleros, los comunistas y los estudiantes de la UCV más bien desacreditados ante los ojos de un país amante de la tranquilidad? ¿No era como raro eso de intentar convencer a los demás de la justicia de tu discurso y de la benevolencia de tus praxis volviéndole mierda el día, el carro o la vida al prójimo para que éste te preste atención y entienda la esencia de tu ideología, si es que tienes alguna?

Los caraqueños se acostumbraron a planificar sus días jueves a partir de la dificultad que representaban los disturbios y probablemente ése fue el mayor impacto, la más importante resonancia que tenían aquellos vergüeros en la ciudad capital; era reconfortante saber que mucha gente corregía el rumbo normal de su vida, lo torcía antes de salir de su casa en la mañana: los jueves no podía uno tomar las camionetas de pasajeros de aviso rojo, ésas que van a El Cementerio y Los Rosales; no se podía transitar en carro por Plaza Venezuela, ni ir a los bancos que quedan en Los Chaguaramos o Santa Mónica, ni contar con el servicio del Hospital Universitario como no fuera en casos de extrema emergencia...

Mis viejos me abordaban para preguntarme si yo estaba metido en vergas con esos facinerosos y yo me negaba, pero ellos insistían en hablarme mal de los panas esos coñosdesumadre, irrecuperables pero amigos míos a fin de cuentas, y de los disturbios en tono tan rudo y tan denigrante que una vez les solté sin pensarlo: “Sí, viejos, estoy metido en esas vergas y por favor más respeto cuando hablen del movimiento: somos revolucionarios, no facinerosos, y no estamos atacando la propiedad privada, sino transformando el mundo”, y la vieja se persignaba y estallaba en un llanto sordo mientras el viejo forzaba una carcajada amarga: “Ja, ahora sí me jodí yo con este pedazo ‘e pendejo.

Jesucristo era un tipo arrechísimo y no logró cambiar el mundo, ¿y lo van a cambiar ustedes que son una parranda de güevones? Anda a la verga y cuidao si te veo tirando una piedra o quemando un caucho, porque hasta allá mismo voy a ir para meterte una patada por el culo a ti y a esa cuerda de maricos faltas de respeto”.

Y entonces me di cuenta de que algo, al menos en esa parte de los discursos, me hermanaba con esos coños, con los Doce: la vocación por el nado a contracorriente, ese dictado profundo llamado rebeldía.

—Bueno, quiero decirles algo antes de que probemos la primera cerveza. Miren, viejos del coño —dice Mariana, con fresca firmeza, una carcajada contenida en la expresión maliciosa y en la llama de los ojos—, yo puedo ser hija o nieta de cualquiera de ustedes. De hecho, creo que mi papá es más joven que este señor y que este otro, así que no vengo a calarme baboserías ni a dejarme impresionar con leyendas y cuentos pen-dejos de cuarentones o cincuentones con el síndrome de Peter Pan. Yo vine a completar una investigación, a tomarles un testimonio que me parece importante. Ajá, y tampoco vayan a estar creyendo que porque los admiro y me generan curiosidad, entonces alguno de ustedes va a pensar que me va a envolver y a engatusar: “Ay, sí, se jodió esta carajita, la hice llorar, la tengo lista”.

—¡Ah, verga! —dice Óscar—, ¿pero te puedo mirar de vez en cuando?, digo, ¿cuando se me canse la vista y baje los ojos no vas a pensar que te estoy mirando las tetas?

—No, porque yo sé que no tengo tetas —dijo Mariana, soltando la carcajada.

—Bueno, tranquila que aquí yo soy el único que pasa de 50 y tú ya pasaste de los 20, ya no hay crimen ni acto lascivo con menores y tal —dice Leonardo.

—Igual, ya a estos dos no los emocionan las tetas —dice Ángel—. Es más: no se pueden dar el lujo de emocionarse con nada porque les puede dar una vaina.

—Como a Luis Paredes —dice Leonardo—. Empieza a anotar nombres ahí, chama. Luis Paredes es uno de los guerreros de esa época. Hace como dos años estaba tomándose unos ronones con unos panas allá en el 23 y de pronto se cayó de espaldas en la acera. Los otros lo medio levantaron y lo ayudaron a sentarse varias veces, pero el hombre se iba de medio lado y se volvía a caer. Empezaron a burlarse de la tremenda pea, pero al rato se dieron cuenta de que Luis estaba convulsionando y decidieron llevarlo al ambulatorio. La vaina era un ACV, no una borrachera.

—Lo vi hace poco —dice Ángel—. Me impresionó mucho porque yo tenía como ocho años sin verlo. La última vez que nos encontramos estaba sano y fuerte y al verme me dijo con aquel orgullo: “Mira esto”, y levantó el

brazo izquierdo, tembloroso, y movió el dedo así como si estuviera jalando un gatillo. Después de una juventud tan activa y tan violenta, el compa consideraba que eso era una hazaña.

—Mi hija tiene la edad de la compañera aquí presente —dice Óscar—. Y Leonardo es hipertenso. Y cuando veníamos en el metro una muchacha le ofreció el asiento a Ángel: “Siéntese aquí, señor”.

—¿Se fijan? —dice Mariana, triunfal—, ya ustedes no están para andar buceándose a las carajitas. Y menos para tratar de enamorarlas.

—Esta chama me recuerda... por cierto, ¿ustedes se acuerdan del viejo Víctor? —dice Leonardo—. El camarada se acostaba con la hija de Efraín, un compañero de luchas. Los dos andaban por la montaña; eran parte de lo que quedaba de la guerrilla por allá por Falcón. En una de esas tardes la escuadra guerrillera ve que se acercan dos helicópteros del Ejército y empiezan a rastrear la zona. Los tenían muy cerca. La orden fue pegarse de espaldas a los árboles más gruesos y no moverse mientras pasaba el enemigo. En una de esas, Efraín, que estaba junto a Víctor, le dice: “Coño, qué falta me hace mi hija”. Y Víctor le responde: “A mí también”. Y trató de corregir: “Los hijos míos”. Víctor no tenía hijos.

—Miren, ancianos de mierda, yo no vine a que me hablaran de esa época porque ustedes no vivieron eso —dice Mariana—. Ésa fue la generación anterior a ustedes. Vamos a ponerle orden a esto. Mejor dicho: déjenme ponerle orden, ustedes tienen experiencia es en cagarla. Así que cuéntenme sus cagadas y yo se las organizo.

Y el silencio se hizo.

—A ver —sigue Mariana, ya con otra actitud—, aquí tengo esta cronología, estas copias de periódicos de la época, estos testimonios y estas preguntas. Yo quiero confrontar esta memoria ya recopilada con la memoria de ustedes. Ya encontré narradores, ahora voy por los protagonistas. Ya tengo *La Iliada*, ahora quiero hablar con Aquiles —breve pausa—. No se inflen así, pendejos, no les estoy jalando bolas. Les estoy explicando el método que quiero usar.

—Epa, loquita, ¿en qué fecha naciste tú? —pregunta Óscar.

—Pero, ¡qué ladilla!, déjenme seguir, déjenme trabajar —dice Mariana.

—En serio, es importante. ¿Cuándo naciste tú?

—No me van a creer. Les va a parecer de un rebuscamiento del carajo.

—Dilo.

—En serio, marico, se van a reír de mí, no me van a creer.

—Bueno, ya tú te estás riendo de nosotros. Habla.

—Bueno, nací el 4 de abril de 1989.

—Ajá. ¿Y?

—¿No les suena la fecha? ¿No? —apunta con el dedo a Óscar—. ¿No? —apunta a Leonardo—. ¿No? —apunta a Ángel—. No me extraña. Viejos güevones. Malos amigos. Ese mismo día mataron a un pana de ustedes: Gonzalo Jaurena.

—¡Coño! —dice Ángel.

—¡Ah, carajo! —dice Leonardo.

—Ni me acordaba... —dice Óscar.

Ángel: Bueno, chama, esa historia hay que empezarla entonces cuando tú tenías unos tres meses en el vientre de tu mamá, por allá por septiembre-octubre de 1988. Una Mariana en gestación, un país en gestación: esos meses son una bisagra entre una Venezuela y otra...

Óscar: Eh, un momento, que la chama trajo estos periódicos. Les leo los titulares para entrar en contexto, y después desarrollamos. Aquí están los periódicos de septiembre de 1988. Los voy a leer como los leían en el noticiero de Radio Rumbos.

Éstos son los titulares:

- El dólar se cotiza a 36,49 bolívares, lo cual le importa un coño al pueblo pobre y le genera no sé qué ansiedad a los burguesitos de corazón y a los burgueses de verdad.
- Anuncian para el 5 de octubre un plebiscito en Chile, en el que los ciudadanos decidirán si Augusto Pinochet permanece en el poder o le abre paso a otra generación de gobernantes.
- Indultado el fundador de Bandera Roja, Gabriel Puerta Aponte, por decreto presidencial. Al ser liberado recibió la visita de Simón Alberto Consalvi, ministro de Relaciones Interiores. El dirigente reveló que “hay guerrillas en el país, pero están inactivas desde hace cinco años”, lo cual equivale a decir que uno tiene mamá, pero la tiene muerta.
- Diagnostican contaminación con el virus del Sida al cantante puertorriqueño Héctor Lavoe. Desde Puerto Rico informan que por esta razón se lanzó del noveno piso del edificio en que habita, hace unas semanas.
- Arremetida policial contra estudiantes de Sociología de la UCV, a quienes vinculan con el frustrado atraco del banco Consolidado en Carrizal, en el cual falleció el dirigente izquierdista Raúl Sanoja.
- Fallece en la ciudad de Nueva York el pianista Charlie Palmieri; parece que no es sólo la salsa sino los salseros quienes están muriendo de muerte física y espiritual.
- El partido Acción Democrática celebra su 47.º aniversario. Gran manera de celebrar: en el poder y con todas las posibilidades de elegir de presidente a otro adeco, pero no a uno nuevo, sino a uno que gobernó en los años 70.

- Durante la 43.^a Asamblea General de la ONU en Berlín se arman las consabidas coñazas callejeras contra el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional. El presidente de Estados Unidos, Ronald Reagan, en perfecta sincronización con todos los países industrializados, se limpia el culo con todas las propuestas de América Latina para negociar o condonar la deuda externa de nuestros países, pero recibió al presidente venezolano Jaime Lusinchi –así sería el jalón de bolas que le echó– y le prometió todos los esfuerzos para fortalecer la democracia venezolana. Al resto de los países ni los nombró. Bueno, en realidad sí nombró a Cuba y a Nicaragua, y no fue para decir nada bueno. ¡Ay, madre santa! ¡Qué orgullo!: Reagan nos paró pelotas.
- Comienzan las Olimpiadas de Seúl, Corea; la URSS volverá mierda a EEUU en esta contienda, y serán las últimas en las que participe: una Olimpiada más tarde ya no habrá URSS, y los gringos, tan tranquilos.
- Golpe de Estado en Haití: los gringos derrocan a Henri Namphy y colocan en su lugar a Prosper Avril, un sirviente de Duvalier.
- No sólo agoniza el comunismo soviético, sino también una época de la humanidad: el emperador japonés Hirohito está grave, Anthony Nesty de Surinam se convierte en el primer negro que gana oro en la natación olímpica, Ben Jhonson pulveriza la marca de los 100 metros planos pero le quitan la medalla de oro, por negro, por jamaiquino y porque se metió esteroides anabólicos; muere Alfredo Alvarado, “el Rey del Joropo”, consumado bailarín y asaltante de bancos (su cuerpo fue donado a la UCV, gran vaina); estrenan *La última tentación de Cristo*, película de Martin Scorsese que les remueve las lombrices a los europeos y a los católicos de todo el mundo porque allí aparece Cristo Jesús culeándose a María Magdalena y mostrando otros signos de debilidad como, por ejemplo, esa de cagarse de miedo cuando vienen los centuriones a llevárselo preso. Llámese “debilidad” a ese extraño empeño del cuerpo de emocionarse con los culos y aterrorizarse cuando lo amenazan con clavarlo en una cruz. ¡Coño, Cristo, qué débil fuiste!

Leonardo: Vale, vale, vale, habrá que completar ese contexto. En ese tiempo había mucha agitación en las calles de Caracas y otras ciudades de Venezuela y al frente de esa agitación estaba el movimiento estudiantil. Yo

no era estudiante, pero el clima político estaba tan encendido y sabroso en la Universidad que decidí pasar buena parte del tiempo ahí en la UCV, con mi hermano y los panas que organizaban disturbios.

Lógico que entre nosotros había también divisiones, grupos y facciones. Los partidos políticos de izquierda y de derecha tenían allí su gente y sus cuadros, y el movimiento era entonces expresión de unos partidos que hacían vida en el país. Uno de esos partidos era Bandera Roja, y el líder máximo de ese partido era este carajo llamado Gabriel Puerta Aponte. Este tipo estaba preso desde el 82 y, como lo tienes ahí registrado, el gobierno de Jaime Lusinchi le concedió un indulto. Hay indicios de que esa liberación fue producto de una negociación asquerosa: Puerta se ganó la libertad a cambio de la delación de sus compañeros alzados en armas en el oriente del país. Dicen que la masacre de Cantaura sólo pudo haber sido posible si alguien proporcionaba datos y claves para ubicar a los camaradas, y ese alguien pudo haber sido el Gabriel Puerta. Es lo que dicen, no me pares mucha bola.

Lo cierto es que en ese momento de su debacle moral estaba el partido Bandera Roja mientras nosotros levantábamos en la Universidad un movimiento vigoroso de estudiantes. Nos agrupábamos en un germen de organización llamado Desobediencia Popular, y ya eran célebres las coñazas que formábamos los días jueves; la gente los llamaba “jueves culturales” en la entrada de Plaza Venezuela o en Las Tres Gracias. Fomentábamos disturbios, quemábamos algún autobús; por lo general se detenían las actividades académicas en la Universidad cuando entrábamos en acción.

Mariana: Sí, ya me enteré de eso. Formaban peo en la calle y después se escondían en la Universidad porque ahí estaban protegidos por la autonomía universitaria y el principio de inviolabilidad del recinto y esa paja. Si eran tan arrechos, ¿por qué no salían a caerse a coñazos en las calles sin esconderse?

Leonardo: Estás hablando como los burguesitos de la época. Hay un poco de vainas que tienes que saber. Si me lo permites, te cuento.

Mariana: Ya me lo están contando: Bandera Roja era un partido feo y descompuesto y ustedes los seres sublimes de la Revolución, los puros, los llamados a salvar...

Óscar: Eh, ninguno de nosotros dijo eso. La segunda premisa, por lo menos, nadie la planteó. Pero no dudes de que Bandera Roja era un

partido descompuesto. Lo era. Y lo es todavía. Creo que Ángel te lo puede contar. Él militaba allí en esa época.

Ángel: Diré sobre eso tres pendejadas que sé que no es lo que viniste a oír, Mariana. Bandera era un partido en acelerado proceso de aburguesamiento, con un líder máximo dispuesto a negociar cualquier cosa con tal de salir de prisión y opuesto a radicalizar las formas de lucha. O a montarse en la ola de la protesta callejera, que era lo que estaban exigiendo los militantes rasos y también el pueblo, la masa popular: la calle se estaba recalentando y los jefes de Bandera Roja estaban jugando a pacificarse, a entrar en el juego de los partidos burgueses.

Así que nosotros no éramos unos carajos que creyéramos en la pureza sino más bien los raros y los locos de la partida. Un grupo de militantes de base que en lugar de meternos por el carril de la disciplina partidista comenzamos a juntarnos más seguido con estos otros locos desaforados, eso que llamaban Desobediencia, retazos de otro grupo ultroso llamado Venceremos. Nosotros, con fama más bien de burguesitos, porque algunos estudiaban en la universidad Simón Bolívar, y uno, pues así, catire y con lentes redondos...

Leonardo: Sí, señor, eso era así. Los que nos reuníamos en la UCV éramos gente de barrio, proletarios, pobres e hijos de gente pobre, y nos sentíamos dueños de esa violencia redentora, de la violencia revolucionaria, la violencia clasista; nosotros, los pelabolas, los cimarrones de todos los tiempos. De pronto se aparecen estos coños de familias burguesas y con pintas de burguesitos: Ángel, José Alfredo, Fermín, Gonzalo, y por supuesto que hubo un choque, una confrontación natural ahí. Creo que nunca discutimos eso frontalmente, pero el comentario se escapaba de vez en cuando: esa arrecherita de nosotros los negros pataenelsuelo que al principio veíamos con sospecha a estos camaradas sifrinós, intelectualesos, que venían de una universidad burguesa y tal. Todos discurseaban bonito, todos leían, ¡que jode!, más que nosotros que nos batíamos una de marxista-leninistas, pero que ninguno le había entrado a ninguna obra de Marx. Pero llegado el momento resulta que todos echaban coñazos y tiraban piedras y se caían a tiros igual que uno...

Ángel: Y de paso le pusimos el nombre pegajoso que necesitaba al grupo de carajos que no obedecíamos línea partidista ni nada, sino que

nos dedicábamos a joder la paciencia, a quemar cauchos, a secuestrar y a quemar autobuses: los Doce del Patíbulo. Como la película...

Leonardo: Eso nos igualaba, esa clave los hermanó con nosotros. Eran de los nuestros, como fueron de los nuestros otros burgueses y clase media de otros espacios: Bolívar, el Che, una cantidad de comandantes guerrilleros de todos los tiempos...

Óscar: En mi caso sí era envidia. ¡Ah, carajo! Yo sí les tenía envidia. Bueno, es que en ese entonces yo era el tipo menos politizado. Cuando entré a la Escuela de Letras de la UCV trabajaba en la Biblioteca Nacional y no había militado en ningún partido. Era una especie de izquierdista instrumental: tenía alguna lectura, un impulso de votar por los partidos de izquierda en los 80, y hasta ahí. Nunca me metí en ningún disturbio serio o acción violenta de envergadura, no estaba formado para eso, y el temperamento tampoco me daba para esas acciones; lo mío era una playa, una fiesta, una cogedera de culo: era el bicho irresponsable de 24 años de edad, el ejemplar clásico de eso que el exrector Chirinos bautizó como la Generación Boba.

Entonces yo veía pasar a esos catires de mierda –eso lo incluye a usted, camarada Ángel– y, aparte del aire cinematográfico y la actitud histriónica y la disposición al combate, les envidiaba otra cosa: esas nenas bellas que los acompañaban. Eran varias, pero las estelares eran Carola y Mariale. Puedo decirlo ahora, veintitantos años después: yo nunca me atreví a acercármele ni a decirle nada a Mariale, que era la que me gustaba, porque ésa era la novia de Gonzalo y, ¡la pinga!, meterse con Gonzalo era más o menos aplicarse la eutanasia.

¡Qué culito, loco! ¡Qué niña tan hermosa!: una pelirroja chiquita que olía como a fresa y de la que el güevón de Chanko decía a cada rato: “Yo soy capaz de mamarle el chaparro a Gonzalo, nada más pa’ ver a qué le sabe la totona a esa chama...”.

Mariale: Una vaina rara. Sí, claro que yo era una vaina rara y no me sorprendía en lo absoluto cuando incluso los camaradas me lo decían. El desperfecto tenía origen temprano. Mejor dicho, venía de antes de mi nacimiento.

Yo era húngara, sifrina y mujer; con unos padres con buenos motivos y razones para haber consolidado una cultura del ahorro y el criterio de escasez. Desde que yo estaba muy niña nos habíamos ido a vivir a Macaracuay, una zona de clase media-alta. En un lugar donde todo el mundo tenía algo que ostentar para sentirse socialmente *in*, mis viejos seguían siendo los señores a quienes la guerra y su historia posterior espantaron de Hungría y por lo tanto su signo característico era la austeridad. Así que yo era la niña que nunca tuvo los juguetes ni los vestidos o calzados de moda de sus amigas, porque mis viejos decidieron que yo debía usar las ropas que iba dejando mi hermano a medida que éste crecía.

Hubo una época de mi infancia en que además, y por algún motivo que no recuerdo, me cortaron el cabello al rape. Entonces iba al colegio con aquella estampa abominable: la muchachita pecosa, pelirroja, con la cabeza pelada, unas botas como de militar tres números más grandes que mi pie y una camisa que también me quedaba grande. El primero en burlarse de ese adefesio era Lucio, mi hermano mayor, quien, el coñísimo de su madre, como no tenía de quién heredar la ropa sí disfrutaba el privilegio de usar prendas nuevas de vez en cuando, quizá una vez al año.

Pero el momento de mi venganza llegó un Carnaval cualquiera. Como del colegio avisaron que los niños debíamos ir disfrazados a la fiesta, mi mamá se aplicó a confeccionarnos unos atuendos. La familia no iba a gastar dinero en comprar disfraces que, por supuesto, y a pesar de toda la ternura y la entrega con que mi vieja se aplicó a diseñarlos y coserlos, le quedaron espantosos. El mío era una especie de vestido en forma de lámpara descomunal, hecho con una tela de mosquitero en varias capas superpuestas; un cuello de cartón forrado con otra tela presuntamente fina que debía recordar vagamente a la cosa que le daba el toque señorial a Blanca Nieves; unas alas parecidas a dos raquetas de tenis y *eso* se suponía que era el traje de una princesa, hada o nenufar. En una fiesta llena de gatas, cebras, vampiresas, fauna galáctica y hollywoodense, yo fui disfrazada de abuela decimonónica con ínfulas de aristócrata.

Ah, pero ahí estaba el disfraz de mi hermano para ayudarme a mitigar la vergüenza, el disfraz que me hizo olvidar, o al menos soportar, mi penuria de ese día y de otros más. Parece que, por alguna razón, era más difícil fabricar artesanalmente la vestimenta de personajes masculinos, así que mi madre debió ponerle un extra a su imaginación y a su creatividad. Y lo encontró, vaya que lo encontró: tomó una vieja falda suya de esas que se dividen en surcos o flecos verticales, le colocó unos tirantes de mi papá e improvisó una capa; fabricó con cartón y anime el simulacro de un casco, un escudo redondo y una espada; les aplicó un puño de escarcha con pega Hércules –marca muy apropiada– y allí estaba Lucio convertido en gladiador romano. El efecto de esa ocurrencia no fue trágico porque mi hermano siempre fue más alto y fornido que todos sus compañeros y ninguno se atrevió a burlarse en su cara de la falda.

Con el tiempo fui acumulando otras rarezas, como por ejemplo ésa de sentir apego y predilección por la cultura punk y la música de Cindy Lauper. El código sifrino estándar me venía bien, porque aparte del detalle de mi pelirrojez estaba la forma de modular las palabras, que muchos confundían con una exageración o énfasis forzoso del habla engolada y fatua del este de Caracas, pero que en realidad eran los hábitos de mi dicción, moldeada por el húngaro difícilmente castellanizado de mis padres.

Y estaba la rareza crucial, adquirida a mis 15 años de edad: yo, hija de una pareja que se había venido de Europa Oriental huyéndole al comunismo, sentí de pronto las cosquillas de la militancia y un día, no sé si bueno o malo, fui a inscribirme en la Jota-Ce. En la Juventud del Partido Comunista de Venezuela.

Leonardo: Bueno, resulta que los burguesitos al final tenían mejor formación política que nosotros. A veces nos autojustificábamos asumiendo que la formación de ellos, los burguesitos, no era exactamente política sino más bien académica, libresca, intelectual, mientras que nosotros éramos mayoritariamente una parranda de coñoemadres voluntaristas y valientes, con una vida cotidiana sufrida y dolorosa y que además teníamos un verbo encendido, sin mucha elaboración retórica.

Ángel: Eso es un complejo injusto, porque entre ustedes había también unos carajos brillantes. Martín, Alcibíades, Miguel, Reinaldo... eran una cuerda de salvajes pero con una capacidad de análisis y un discurso arrecho...

Leonardo: ... pero la nota predominante, el común del grupo de tirapiedras encapuchados, es que eran unos coños más entrompadores que políticos, en el sentido de capacidad para la organización de tácticas y estrategias y esa vaina. Eran los Pelolindo, Chanko, Patica, Israel, Manolo...

Recuerdo una vez que decidimos realizar una movilización hacia el Palacio de Justicia, en el centro de Caracas, creo que en uno de los primeros aniversarios del Sacudón. Una de las propuestas era imprimir un afiche y unos volantes para distribuir en la marcha, rayar unas paredes con pintas alusivas a la protesta. Alguien propuso entregar un documento en los tribunales y convocar a una rueda de prensa, para que fuera una acción formal y oficiosa del movimiento estudiantil, algo que nos construyera una imagen de carajos serios, una fuerza viva o beligerante, algo por el estilo. Y estaba el otro grupo, el de los violentos, que no quería entregar un coño de documento, sino armar un verguero, saquear y destruir negocios y paralizar el centro de Caracas. Por supuesto, no había manera de que nos pusiéramos de acuerdo en aquella reunión.

Al final se impusieron los moderados, los que apostaban por el acto limpio y formal, y la discusión ahora se centraba en el contenido del documento, en las consignas o frases del afiche, las pintas y los volantes. En ese punto de la reunión, los violentos guardaron silencio por largo rato: no tenían nada que decir pero se quedaron allí, disciplinadamente, mientras los demás decidían el contenido de los escritos. En algún momento de la conversa uno de los moderados propuso que una de las consignas del afiche fuera: "Romparamos el silencio". Y el Chanko le dio tremendo carajazo a la

mesa y comenzó a gritar: “¡Síii, nojoodaaa, así mismo! ¡Vámonos pa’ los bloques de El Silencio y rompemos toda esa mieeerdaaaa!”.

Óscar: Bueno, pero los burguesitos decían más o menos lo mismo, aunque en clave poética, con otro lenguaje. Mira lo que trajo Mariana: el poemario de José Alfredo.

Leonardo: Sí, me acuerdo de esos poemas, arrecho, arrecho.

Óscar: Este poema es de 1989, vacila, cuando los encapuchados eran vistos como una plaga foquista que no iba a influir para nada en ningún movimiento revolucionario:

*No hay luz más frágil que ésta
pero ¿qué somos sino los destinados a preservar
una pequeña llama?*

*Nada poseemos salvo este fuego,
salvo este breve esplendor.*

*¿Servirá nuestra ceniza
para proteger estas pequeñas brasas?*

*¿Volverán los antiguos incendios,
aquella luz violenta y poderosa
en cuyo vértigo se concentraban
tantas voces ya olvidadas?*

*Nada poseemos.
Nada sabemos
salvo que no hay luz más pura que ésta.*

Mariana: Ajá, ahí está: de bolas que se creían los revolucionarios puros, la Verga de Triana...

Óscar: Y este otro, este otro, de 1993, después que mataron a Sergio:

*Nosotros que hemos aprendido a desconfiar de la felicidad.
Nosotros que nunca tendremos casa
ni paciencia ni olvido.*

*Nosotros que amamos los incendios,
que conocemos el antiguo arte
de navegar sin estrellas,
que sólo buscamos el punto extremo
donde permanece el relámpago.*

*Nosotros que despreciamos
a los místicos y a los soñadores.*

*Nosotros que combatimos el mal
con el mal.
Nosotros que aprendimos
que para vencer a la noche
hay que conocer la oscuridad.*

*Nosotros los que, a pesar de todo,
Seguimos siendo peligrosos.*

A Gonzalo Jaurena, Yulimar Reyes y Sergio Rodríguez

Mariana: Así que había locos y poetas en la Universidad. Y díganme algo: ¿había estudiantes? Digo: ¿gente normal?

Ángel: Viéndolo bien, como que sí estábamos locos, todos. O lo estamos. Si hubiésemos sido eso que llamas “normales” no nos hubieras buscado. Esta historia no tendría ninguna gracia. Un país lleno de gente normal no tendría sentido: todo el mundo en completo orden y estancado en los años 80, los años de la Generación Boba.

Mariana: ¿Ustedes eran especímenes de lo que el rector Chirinos llamó la Generación Boba?

Ángel: No, éramos una anomalía, un pedazo de la historia que dio un salto y causaba ruido y distorsiones. En un país que no se decidía a dejar de ser adeco o copeyano, éramos los bichos raros, la ultraizquierda. “Los peligrosos”, como dice el poema de José Alfredo. En ese país estupidizado fuimos un anuncio, porque nuestros actos de violencia callejera organizada

informaban que la sociedad estaba a punto de romper con la estupidización. Éramos un país en etapa germinal. No lo sabíamos entonces; podemos leerlo ahora, a la distancia.

Mariana: Ay, sí: los caraqueños que construían su país desde sus trincheras en Las Tres Gracias. Los desaforados que nunca salieron de la zona protegida por la sagrada autonomía universitaria, y que disfrutaban del almuerzo a dos bolívares.

Leonardo: Éramos unos desaforados, cómo no. Pero sí salimos de la Universidad y muchos de los nuestros pagaron con su vida esos almuerzos a dos bolívares. Y no era una banda de caraqueños: esa parranda de locos era una legión venezolana. En 1987 había ocurrido un episodio conocido como “el Marzo Merideño”: unas violentas protestas en Mérida, que comenzaron cuando un burgués mató de un tiro a un estudiante que orinaba en el jardín de su casa, y desembocaron en los disturbios más graves que se recuerden en esa ciudad. El Gobierno decidió militarizar el casco urbano y la Universidad de Los Andes, y la consecuencia fue que la violencia se expandió a otras universidades del país. Esos disturbios fueron aplacados, pero el impulso desestabilizador se mantuvo. Ésa era la Venezuela-pueblo desatada y decidida a quebrar el sistema desde el movimiento estudiantil. Éramos carajos normales pero aguerridos. No éramos superhéroes: éramos el venezolano rumbero, romántico y jodedor en el trance de combatir un régimen monstruoso.

Eso que Ángel llama “país en etapa germinal”, no es gratuito, chama: veníamos de todos lados, y en ese carnaval de gente, acentos, colores y temperamentos estaba rehaciéndose la Venezuela que conocíamos hasta entonces. Mi hermano Carlos “Memoria” y yo vivíamos en el 23 y después fundamos el barrio La Silsa, pero nuestros viejos venían de Pariaguán.

Pedro Armesto estudiaba Medicina y era de la isla de Margarita. Por cierto que una vez, con ese hablar rapidito y trepidante de los margariteños, se lanzó un discurso más o menos en esta onda: “A los cuerpos policiales, nojoda, hay que enfrentarlos en la calle, nojoda, pero sobre todo con el discurso, nojoda. Porque esos bichos no son el enemigo, nojoda, sino el instrumento del enemigo, nojoda, pero allí tenemos hermanos de clase, nojoda”, y en consecuencia a partir de ese momento lo bautizamos como el Comandante Nojoda.

Gerardo “el Cogeburras” era de Delta Amacuro y estudiaba Derecho.

Cuenta la leyenda que se ganó su apodo en un pueblito de Paria adonde fue a dar clases, pues era maestro de escuela. A los tres meses de haber llegado, desesperado por la larga permanencia en ese pueblo sin su compañera sentimental y sin ninguna otra, le confió sus urgencias a un estudiante de confianza: “Chamo, ¿y en este pueblo no hay mujeres que cobren por, tú sabes, por estar un rato con uno? ¿Cómo resuelven ustedes los muchachos cuando no hay mujeres cerca? ¿Algo rápido y fácil por ahí? ¿Una pollina aunque sea?”, y el carajito, enterado de todas las mañas y vagabunderías del monte como todo muchacho de pueblo, le dijo al maestro que por supuesto, que fuera el día siguiente temprano al río, que por ahí le iban a ayudar a resolver ese asunto.

El maestro acudió a la cita acompañado de su pequeño cómplice y al aproximarse a la orilla del río vio que había una cola como de diez muchachos. En el extremo de la cola había una burra parada. El cómplice les gritó a los muchachos: “Epa, vamos a darle un chance al maestro, que está más apurado que nosotros”, y apenas oyó esa señal el hombre corrió, se bajó los pantalones y empezó a saciar su sed de hembra, cuadrúpeda pero hembra al fin, total, eso es normal en los pueblos y el que no lo haya hecho que tire la primera piedra o se confiese sifrino o caraqueño. Llevaba unos cinco minutos en la faena cuando el carajito cómplice se le acercó y le dijo: “Maestro, maestro, los muchachos dicen que se eche una apuradita, que en esta burra es que vamos a cruzar el río para ir a buscar a las putas”.

Maturín y Chejendé les decíamos a dos muchachos de la Escuela de Historia nacidos en esos dos lugares tan distintos y lejanos uno de otro. Se hicieron casi hermanos. Una vez, durante una de esas coñaceras en Plaza Venezuela, los capturó la policía; Maturín cuenta que cuando lo agarraron creía que era el único, pero al llegar al calabozo de la Disip, después que le dieron una rumba de palo, se dio cuenta de que venía otro compañero golpeado y gritando detrás de él. Así nos dijo cuando lo fuimos a visitar en la cárcel de El Junquito: “Cuando vi entrar a Chejendé, me dio una alegría...” y Chejendé, que estaba en la celda de al lado, gritó: “¿Y usted es toche o qué? ¡Cómo se va a alegrar!”.

En otra de las visitas el compañero Rolando les llevó un ejemplar de Don Quijote. Maturín dijo, aburrido: “¿Y por qué el Quijote? ¿Esa novela tan larga?”. Rolando les respondió: “Y con la cantidad de años que van a

pasar aquí, ¿qué coño querías que les trajera? ¿*El túnel*? Léanse esa verga, que cuando terminen les traigo las obras completas de Balzac. Esto es pa' rato". Al final los soltaron a las tres semanas.

El gordo Buche de Agua era de aquí de La Pastora, y Gonzalo Jauarena, como sabes, era uruguayo. Una vez decidimos secuestrar un autobús en protesta por el aumento del pasaje y a estos dos compas les correspondió abordar al chofer, encapuchados, informarles a los pasajeros del objeto de la protesta y meter el autobús en la Universidad. Una acción que debía ser rutinaria —aunque Buche era muy joven y novato, Gonzalo era ducho en estas operaciones tipo comando— dio un giro inesperado porque el conductor de la unidad resultó ser muy valiente, o muy estúpido, y en lugar de darse todo rápido y automáticamente, como otras veces, se dio la siguiente discusión:

—Miren, ciudadanos —gritó Gonzalo, con ese vozarrón y ese don de mando—, ésta es una acción del movimiento popular organizado en armas. Esta acción es en beneficio del pueblo ya que es una respuesta al aumento del pasaje que nos afecta a todos. Bájese ¡rápido! todo el mundo por la puerta trasera, nadie va a salir lastimado si ustedes colaboran.

—¿Qué movimiento armado una cabeza 'e machete, marico? —replicó de pronto el chofer—. A mí no me da la gana de bajarme de aquí. Éste es mi medio de trabajo.

Gonzalo sacó un revólver 38 y se lo puso en el cuello:

—De bolas que te vas a bajar, pendejo. ¿Tú eres capaz de dar la vida por defenderle los bienes al coñoemadre que te está explotando? ¿No te da pena, gafo?

—¡Yo de aquí no me bajo, te dije ya! —siguió revirando el conductor sin hacerle caso al arma, y echó a rodar el autobús. Gonzalo haló el percutor y dejó el arma lista para disparar.

Buche de Agua, que hasta ese momento se había limitado a permanecer ahí parado, tratando de intimidar a los pasajeros con su sola presencia, entró en pánico y se le guindó de los hombros a Gonzalo:

—¡No lo mates, coño, por lo que más quieras! ¡Chamo! ¡Chaaamooo! ¡No lo hagas! ¡Nooooooooo!

Y ante la sorpresa del chofer comenzó un forcejeo entre los dos encauchados: uno tratando de mantener el aplomo y la compostura y el otro llorando a moco suelto, gritándole al compañero que no se fuera a manchar las manos con la sangre de un trabajador y ese tipo de vainas. El pobre encauchado novato lo rasguñaba, lo estrangulaba, le halaba la capucha. El show duró unos momentos más; al ver que el autobús enrumbaba hacia la avenida Victoria y que Buche de Agua estaba a punto de tumbarlo en el piso, Gonzalo decidió abortar la operación y bajarse del autobús, no sin antes meterle un cachazo al conductor en la cabeza para obligarlo a detener la marcha.

Al rato vimos llegar a Gonzalo con una enorme cara de arrechera y un montón de rasguños en la cara y en el cuello, diciendo: “Díganle a la mamá de ese muchacho del coño que lo termine de criar; si lo vuelvo a ver, le voy a meter un tiro en una pata”.

Asdrúbal y el Tábano eran de algún lugar de los Valles del Tuy. El 20 de septiembre de 1984, el mismo día que el camarada Douglas Blanco cayó en combate en la entrada de Las Tres Gracias, al Tábano le dispararon con una escopeta y le llenaron el abdomen de perdigones. Asdrúbal fue a socorrerlo haciéndoles señales de paz a los policías, como si los metropolitanos supieran de esa clase de gestos, y cuando estaba cerca del amigo caído recibió también su ración de plomo en el pecho, en una nalga y en el cuello.

Los bomberos tuvieron chance de llevarlos a los dos al Hospital Clínico Universitario, donde los salvaron, pero no hubo forma de rescatar a Douglas. Este compañero había sido militante de Bandera Roja y se había ido voluntariamente, sin acompañante, a defender el gobierno sandinista de Nicaragua. De allá lo devolvieron porque viajó sin permiso de ninguna organización política; mientras la mayoría de nosotros se limitaba a hacer colectas y actos políticos en defensa de la Revolución sandinista, él dio un paso al frente y se presentó allá con la intención de entrar en combate en el país centroamericano. De regreso a Venezuela, un poco despechado, se sumó a las luchas que se levantaban por aquí, y en eso andaba cuando se presentó esta situación: unas protestas estudiantiles porque el rector Chirinos le había ordenado a la Guardia Nacional detener en el peaje de Tazón un autobús lleno de estudiantes de Maracay, y la Guardia cumplió la orden con mucho gusto rociándole un festival de plomo al autobús.

Aquel mediodía del 20 de septiembre, Douglas enfrentó a tiros a los cuerpos represivos, protegiéndose a medias detrás de un poste, fuera de la Universidad; era una protección precaria y ridícula contra aquel batallón que disparaba con armas largas. Todos vimos con impotencia como, después de capturarlo herido de bala pero con vida, otros funcionarios de civil, armados con pistolas y subametralladoras, lo arrastraban chorreando sangre, mientras el pana nos hacía señales en cámara lenta con una mano. El camarada Patica trató de ir en su auxilio y una bala de FAL le dio en la cabeza, pero ocurrió un milagro, algo que ha pasado otras veces pero no es muy común: el proyectil trazó lo que en balística se llama “trayectoria de sedal”, que consiste en que la bala entra en el cuero cabelludo, pero en lugar de penetrar el cráneo lo bordea a altísima velocidad, raspando y rasgando entre el hueso y la piel, y sale por otra zona de la cabeza. Esa vez se salvó, pero a Patica lo mataron años después, durante el alzamiento militar de noviembre del 92.

A Douglas se lo llevaron hacia un carro blanco ubicado en dirección a la parroquia y los estadios; lo metieron en el asiento trasero y luego apareció muerto en el hospital Periférico de Coche.

Fue uno de los enfrentamientos más violentos de esa década. Nosotros teníamos un par de revólveres oxidados y Douglas cargaba una pistola nueve milímetros automática; había francotiradores en el edificio de la Toyota, ubicado frente al portón de Las Tres Gracias, un helicóptero sobrevolaba el área y había funcionarios armados con fusiles automáticos livianos FAL.

La edición del 21 de septiembre de 1984 de *El Diario de Caracas* registra una secuencia fotográfica titulada: “La muerte de un encapuchado”. Eran cuatro fotos: en la primera está Douglas arrodillado detrás del poste del alumbrado; en la segunda, abandona ese inútil escudo y avanza hacia el pelotón de fusilamiento; en la tercera, se ve caído de costado, en posición fetal; en la cuarta, un funcionario de civil aparece a su lado disparando hacia nosotros mientras otro agarra a Douglas por las ropas y comienza a arrastrarlo.

Roseliano venía de Aroa, estado Yaracuy. El compa aparece en otra de las imágenes emblemáticas del movimiento estudiantil revolucionario de la época, publicada también por *El Diario...*: de pie, protegiéndose detrás de un

container metálico para la recolección de basura, sostiene un tubo de cuatro pulgadas, en cuyo extremo se asoma un cohete, un cohete de esos de fuegos artificiales. Arrodillado a su derecha, un segundo encapuchado enciende la mecha del cohete con un yesquero. Ese muchacho que encendía la mecha llegó a ser con el tiempo Fiscal de la República, uno de los buenos: se llamaba Danilo Anderson.

Pedro Guarapo estudiaba Derecho y era de Calabozo, en Guárico. Una vez le tocó ir con varios compañeros a entrompar otro autobús de esa ruta larga que cruzaba toda Caracas desde La Pastora hasta Chuao, que era la línea San Ruperto, para secuestrarlo. Cuando entraron, nomás dijeron: “Señores pasajeros, ésta es una acción del movimiento revolucionario”. El chofer les dijo: “Con mucho gusto, llévense esta mierda y quémela. Y si les preguntan, pueden decir que el conductor de la unidad estuvo de acuerdo con esta acción revolucionaria. Mi nombre es Arsenio Melero”. Más tarde, finalizada la jornada y en la conversa en que hacían el balance, el camarada Guarapo relató este episodio. Roseliano le dijo varias veces: “Deja la vaina, me estás jodiendo”. “En serio –decía Guarapo–, aquí están estos panas, ellos son testigos”. Hasta que Roseliano dijo, con más orgullo que sorpresa: “El único chofer de un San Ruperto que yo conozco, y que se llame Arsenio Melero, es mi papá”.

Óscar: No te olvides de las muchachas, que aquí la compañera tiene una cara de feminista del carajo y puede acusarnos de estar fabricando una historia de machos. Con ese grupo se la pasaban activando y jodiendo la Guara, la Negra Elisa, Morelia y Perlita. Y la inolvidable, Yulimar Reyes. Salvo Perlita, creo que nunca vi a esas mujeres echando coñazos, pero ni falta que les hacía: uno podía aguantar cualquier coñaza de cualquier tipo, pero nunca ibas a aguantar un certamen de lengua de estas carajas, que además de destilar ácido, destilaban argumentos. Pobrecito el compa que las hiciera arrear. O que las enamorara. ¡Ay, su madre!

Yulimar tenía tu edad, carajita, cuando decidió ponerse al frente de la protesta del 27 de febrero en la avenida Lecuna, y fue una de las primeras venezolanas asesinadas ese día. Ángel puede contarte ese episodio. Andaban juntos cuando ella cayó asesinada por un policía metropolitano.

Ángel: Yulimar se merece un capítulo aparte. Te prometo esa historia para después.

Mariana: ¿Y ustedes no tenían tiempo para vivir? ¿Para las fiestas? ¿Para echarse los palos? ¿Para los culos?

Óscar: Yo también te prometo esas historias para después. Mientras tanto, van más noticias de aquellos meses de septiembre y octubre de 1988.

Éstos son los titulares:

- Tabaco y el Sexteto Juventud cantaron en el Retén de Catia el día de la Virgen de Las Mercedes, y ya nos imaginamos cómo se pusieron los presos al oír el clásico *La cárcel*. Mientras tanto, a los dirigentes de las organizaciones Venceremos y Bandera Roja, también presos en otros calabozos, nadie fue a cantarles un coño.
- Se estrella helicóptero militar con dos grupos de comando en Apure. Regresaban de la frontera, donde realizaban un operativo anti-guerrillero. Entre los heridos de gravedad se encuentra el comisario Henry López Sisco, jefe de Operaciones de la Disip, quien sufrió fractura del cráneo. Esto fue el 8 de octubre. ¡Qué lástima! López Sisco no podrá participar entonces en la masacre de El Amparo el 30 de octubre, en la que sus muchachos asesinaron a 14 pescadores y luego los presentaron al país como guerrilleros, y al incidente como un combate contra fuerzas irregulares.
- Carlos Andrés Pérez, candidato presidencial de AD, les da a los colombianos una sorpresa y una alegría indescriptibles, al afirmar que ese país tiene derechos sobre el Golfo de Venezuela. El partido Copei también debería estar feliz, pero sus jerarcas andan muy ocupados en su proceso de división, encumbramiento de un payaso autodenominado El Tigre y bofetada a Rafael Caldera.
- *Últimas Noticias* del martes 27 de septiembre: “La verdad sobre el pacto secreto anticomunista firmado por militares de Latinoamérica”. Hermoso documento que usted puede ir a buscar en la hemeroteca; no pretenderá que le demos detalles en una simple conversación como ésta.

- Comienza la campaña de endiosamiento de Jaime Lusinchi, quien en poco tiempo entregará la presidencia de la República: dicen que el hombre encontró un país deprimido y paralizado. En cambio, ahora estaba de lo más movido: anuncian protestas y paros los trabajadores petroleros, del hierro, docentes, bioanalistas y de Fetracomunicaciones.
- Marcha estudiantil hacia el Ministerio de Educación. Por instrucciones del señor presidente de la Federación de Centros Universitarios, un Alcidey cualquiera, no hubo provocaciones ni disturbios durante la movilización. Eso no evitó que nuestros pupilos agitaran un poco la masa con unas consignas malasangres contra el ministro de Educación, Pedro Cabello Poleo. Le gritaban por toda la avenida: “¡Cabello Poleo: adeco, marico y feo!”.
- En delicado estado de salud los buhoneros ciegos en huelga de hambre desde hace seis días. Las malas lenguas aseguran que hace mucho más tiempo estos señores no ven un plato de comida.
- Plebiscito en Chile: a los chilenos se les preguntó en consulta nacional si Augusto Pinochet merecía otro mandato como dueño del país y los primeros reportes publicados por la prensa decían que la mayoría de los votos decía “sí”. Dos días después se volteó la tortilla y los militares fueron reconociendo uno a uno la victoria del “no”. No, Pinochet, ya no podrás gobernar más a Chile aunque al parecer todavía tu espíritu gobierna.
- Quemados tres camiones en disturbios estudiantiles frente a la Universidad Central.
- Muere el pasado. Napoleón Duarte, presidente democrático de El Salvador, tiene cáncer. Dije democrático.
- Sigue muriendo el pasado, y por lo tanto no había forma de que no muriera Doris Wells, excelsa dama y reconocida actriz en cuyo nombre los venezolanos de una generación, o tal vez de dos o tres, le dedicamos largas jornadas de masturbación en los años 70. Estuvo buenísima Doris, a pesar de que sus curvas nos llegaban en blanco y negro.
- Estrenan la telenovela *Abigail*, con Fernando Carrillo y Catherine Fullop, una muchacha con uno de los culos más impresionantes

que había mostrado la televisión hasta entonces. Ya sabemos adónde fueron a parar los ímpetus que ya no se le podían dedicar a doña Doris Wells. ¡Eh!: en la novela trabajaban también Ileana Jacket, Astrid Carolina Herrera, Marisela Buitrago e Inés María Calero. Pero el culo de la Fullop era superior.

- El mercado internacional del disco, ese ranking de las canciones más oídas y los discos más vendidos, da cuenta más o menos del estado espiritual de la nación en aquellos meses aciagos: *Devórame otra vez*, Lalo Rodríguez; *Qué bello*, Kiara; *Insaciable compañero*, Eddie Santiago; *Tan enamorados*, Ricardo Montaner; *Sacúdete, nena*, Roberto Antonio; *Cuarto de hotel*, Bonny Cepeda y *Papachongo*, Los Melódicos. Que siga la tragedia pero que no se detenga la convocatoria al fornicio, o al menos a su simulacro bailable.

Mariana: Ah, no me jodan: ¿es que los comunistas tenían algo contra el sexo? ¿Qué tenía de malo que estuvieran de moda esas canciones?

Ángel: ¡Nada! Pero era un poco desolador, más bien desesperante, que mientras había masacres y represión por todas partes, el país siguiera hipnotizado bailando detrás de esas letras facilonas y esos ritmos...

Óscar: A mí sí me gustaba todo lo que echaba la radio para la calle. Y el culo de la Fullop. Sociedad descompuesta: música descompuesta, arte descompuesto, mal gusto y que siga la fiesta. Una Venezuela en aquel estado de conmoción y deterioro tenía que producir esas manifestaciones artísticas deformadas. Caricaturas del arte.

Mariana: ¿Pero ni una bailadita echaban ustedes? ¿Así de aburrido era todo? ¿Pura militancia?

Leonardo: No, siempre había tiempo y espíritu para esas rumbas. La mayoría de los que nos metíamos en esos vaporones éramos salseros; estaba de moda una pizzería llamada La Delia, donde tocaban salsa en vivo, y eran comunes las cervezadas en el estacionamiento de los estadios. Un día invitaron a Juan Luis Guerra y 4:40 a tocar en la Plaza del Rectorado; ahí los vimos, fue un buen concierto.

Tiempo después, en el año 91, invitaron a un salsero puertorriqueño que llamaban Viti Ruiz, pero en una pésima ocasión: fue pocas semanas

después del asesinato de Belinda Álvarez, militante de la Unión de Jóvenes Revolucionarios, la UJR –ala estudiantil de Bandera Roja–, y presidenta del Centro de Estudiantes de la Escuela de Trabajo Social de la UCV, durante uno de esos disturbios. El salsero apareció con su orquesta en la tarima y empezó la fiesta; la gente quería bailar y disfrutar. Pero los militantes de la UJR, con legítimo dolor por la reciente pérdida de su compañera, empezaron a gritarle cosas al cantante para que parara la rumba. Al principio Viti Ruiz no entendía qué le gritaban aquellos muchachos enardecidos, pero al terminar la primera pieza se agachó y escuchó lo que tenían que decirle. Entonces se levantó, le informó al respetable público presente que se largaba porque lo estaban conminando a detener el concierto por motivos de duelo y luto estudiantil, les hizo una señal a sus músicos y dejó la tarima sola.

Lo que pasó en los minutos siguientes fue un remolino de gente, un murmullo de desaprobación que dio paso a una gritería tumultuosa, y al poco rato ya estaba el gentío sacando a patadas de la plaza a los muchachos de Bandera Roja. Una masa indignada porque quería rumba y guaguancó, enardecida contra un puñado de carajos que sólo querían pedir respeto por su mártir. Los militantes tuvieron el buen tino de no huir corriendo; si lo hubieran hecho se hubiese desatado la furia en serio y los hubiesen linchado. Así que se fueron caminando a paso firme pero sin ceder al pánico, mientras detrás de ellos la multitud se turnaba para patearles las nalgas con un gustazo sádico, injusto, bastante coñoemadre. Te juro que esa noche me solidaricé con los chamos de la UJR.

La solidaridad me duró hasta el día siguiente, cuando vi por todos los pasillos de la UCV el comunicado difundido por esa organización: un documento en que nos acusaban a nosotros, militantes de la Desobediencia Popular, de haber estimulado el linchamiento y la golpiza en su contra. El documento comenzaba diciendo algo así como:

La UJR fija posición sobre el enfrentamiento ocurrido la noche de ayer...

La respuesta de nosotros, cocinada entre varios coñoemadres sin escrúpulos, replicaba así:

En primer lugar, la mencionada noche no hubo ningún enfrentamiento, ya que a nadie allí le dieron patadas en la frente. En todo caso lo que hubo fue un enclumamiento, porque, hasta donde sabemos, los compañeros de la UJR fueron sacados de la plaza a patadas por el culo...

Ángel: Hablando de linchamientos, una vez, durante otra jornada de violencia, estábamos quemando cauchos por la entrada de Las Tres Gracias cuando de pronto Gonzalo se fijó en alguien, un tipo que estaba de nuestro lado lanzando piedras para allá. Pero había algo que no cuadraba, que no estaba en orden. Casi todos estábamos encapuchados, pero a éste no lo conocía nadie. Y no soltaba unos libros; nos acercamos a ver qué libros eran aquéllos y nos fijamos que eran libros de secundaria, pero aquél era un sujeto mayor. A una señal le caímos encima, lo sometimos y lo llevamos a la Sala de Lectura de la Escuela de Historia. Cerramos las puertas y comenzamos a simular un juicio sumario.

Recuerdo que Pelomalo asumió el rol de conductor del interrogatorio y otros se turnaban para presionar al hombre, darle unas cachetadas, sacarle información. El hombre confesó que estaba allí en labores de infiltración por parte de Inteligencia de la Metropolitana. Entonces Pelomalo le preguntó al tribunal –los seis carajos que estábamos ahí– qué pena merecía esa múltiple transgresión: profanación del recinto universitario por un funcionario policial, espionaje contra el movimiento popular y a favor de los cuerpos represivos, intento de asesinato, traición al origen humilde y por tanto al pueblo de Venezuela. José Alfredo propuso la pena de muerte y la mayoría votó a favor. Aquel hombre se puso a gritar con los ojos desorbitados, pidió perdón, ofreció recompensas, ofreció información, desvarió en busca de argumentos, pero alguien ya tenía lista la cuerda de la horca y señaló el palo donde iba a ser ejecutado, y hacia allá lo llevamos.

Pero yo lo que veía en la cara de los más radicales, Gonzalo y el Pelomalo, era una risa sádica, lo que querían era ver sufrir al paco; le colocaron la cuerda con el nudo en el cuello. Mientras íbamos acercándonos al palo más aterrorizado se veía el hombre, hasta que al fin Gonzalo decidió poner fin a la tortura y entregarlo al cuerpo de vigilancia de la Universidad.

Mariana: ¿Y qué lograban con eso? Cuando a mí me hacen intranquilo la ciudad yo no me indigno contra el Gobierno, me indigno contra los que interrumpen el tráfico.

Ángel: La desestabilización es un trabajo lento, no es algo que da frutos inmediatos. Claro que a punta de disturbios no íbamos a tumbar el Gobierno, pero era importante mantener la sensación de caos e ingobernabilidad. Está en el ABC de las luchas populares: hacer que la falsa sensación de paz social se reduzca o desaparezca.

En este tipo de guerras de baja intensidad el estatus utiliza eso que ves en los periódicos de la época: música idiota para idiotizarte, telenovelas más idiotas todavía para mantenerte embelesado con el culo de la Fullop; una campaña electoral (las elecciones iban a ser en diciembre en la que el partido de Gobierno nos vendía a Jaime Lusinchi como el presidente más eficiente de nuestra historia). Su hazaña: haber logrado “el mejor refinanciamiento del mundo” para la deuda externa venezolana. Y nos convenció, ya que el tipo entregó el cargo disfrutando de una altísima popularidad y por eso su partido volvió a ganar y encumbró a Carlos Andrés Pérez en la presidencia.

Pero más allá de la eficacia de la propaganda hervía lo esencial: un pueblo que era informado o desinformado por los medios pero que en la calle percibía otra cosa. Eso del mejor refinanciamiento del mundo, que al final significaba que el país se comprometía a pagar una deuda monstruosa e impagable, no era lo que molestaba a la gente, eso era apenas un discurso. El dato violento estaba en la calle, y no era sólo la violencia más o menos organizada de los estudiantes y algunos gremios. Si te fijas bien, te encontrarás con que el diario *Últimas Noticias* inauguró en esos meses, septiembre-octubre de 1988, un cintillo en la última página que parecía la inscripción de una lápida: “El hampa con el moño suelto”. Debajo estaba la reseña del asesinato del día anterior; empezaron a ser cotidianos los asesinatos de jóvenes para robarles los zapatos deportivos. El sueldo promedio de un empleado era de 6 mil bolívares y esos zapatos podían costar entre 8 mil y 12 mil. Eso revela que teníamos una sociedad desajustada y en vías de estallido.

Leonardo: Aquí está publicada la reseña de los disturbios del 5 de octubre. Ese día entraron en acción por primera vez con nosotros estos compas de la Simón Bolívar. Bautizaron “los Doce del Patíbulo” a ese grupo o

movimiento en formación. Por cierto que no éramos doce sino varias docenas los carajos que nos identificábamos o éramos identificados así. Ese día la prensa se acercó a preguntar el objeto de la protesta y unos respondieron que era por el aumento del pasaje; otros, que por los cuatro años de los sucesos de Tazón y la muerte de Douglas Blanco, y unos chilenos que habían ido allí acompañando a Gonzalo dijeron que era en protesta porque se temía un fraude en el plebiscito contra Pinochet. Así que los periodistas se fueron de ahí rascándose la nuca y llevándose una impresión de nosotros, acertada o equivocada: que éramos un montón de jodedores que protestábamos sin un objeto concreto. No se daban cuenta de que en realidad protestábamos contra todo a la vez, contra un sistema.

Ángel: En estas batallas teníamos la ventaja que mencionas: el recinto universitario no podía ser violentado por los cuerpos de seguridad del Estado, al menos eso era lo que decía la norma legal. Estábamos al amparo de la autonomía universitaria y, sí, nos aprovechamos de ella. Y la capucha era la otra forma de protección: cubrirnos el rostro evitaba que al salir de la Universidad nos reconocieran y nos persiguieran. Pero varias veces la policía se las arregló para penetrar en la UCV. En 1991, durante una protesta violenta por la visita de George Bush, nos hicieron la gran jugada. Una jugada perversa y al mismo tiempo brillante.

Tal como lo habíamos hecho varias veces, la noche anterior estuvimos en vela preparando las bombas molotov, los cohetones, algunos niples. En ese momento ya teníamos destreza “aliñando” los cohetones: les enrollábamos en la punta algunas tuercas y tornillos con teipe, así que cuando los lanzábamos lo que llegaba allá era una granada que soltaba fragmentos de metal, esquirlas. Esa noche preparamos varios artefactos de esos porque sabíamos que se avecinaba una de las coñazas más grandes en mucho tiempo, y el motivo lo ameritaba: era la presencia del presidente de Estados Unidos en Venezuela. A las 10 de la mañana había más tirapiedras que nunca ahí en la entrada de Plaza Venezuela; unos dicen que había 200, y otros, 500. Yo no sé cuánta gente había ahí protestando, con capucha y sin capucha, pero ésos fueron los disturbios más grandes que recuerdo de esa época en la UCV.

Leonardo: Algunos de nosotros teníamos información de que un grupo comando de la Policía Metropolitana iba a asaltar ese día la Universidad.

Nos advirtieron que, así como nuestros preparativos anunciaban algo grande, la PM también tenía planes y era probable que ese día grupos especiales de la policía se saltaran la ley y entraran a la Ciudad Universitaria. No difundimos esto a los cuatro vientos porque hacerlo podía confundirse con una acción para desmovilizar o crear confusión entre los muchachos, así que nos reunimos unos pocos: el Comandante Nojoda, Luis Paredes, el Gordo de Filosofía, Memoria, Tábano, el Flaco Adsrúbal, y decidimos que ese día íbamos a llevar las pistolas. Unas pocas pistolas que nunca usábamos en disturbios “normales” o de baja intensidad, pero aquello se anunciaba como un enfrentamiento serio: hora de usar los hierros. Comisionamos al Gordo de Filosofía para que fuera a llevar las perolas; él las tenía guardadas en La Vega.

Un año después me tocó estar cara a cara con el comandante de aquella acción policial, que pasó a la historia con el nombre de Caballo de Troya. Una operación envolvente que nos sorprendió a todos...

Ángel: Yo lo viví de esta manera: nos ubicamos en Puerta Tamanaco, la entrada de Plaza Venezuela, y decidimos no quedarnos en esa entrada, sino avanzar 100 metros hacia el puente y bloquear la autopista. Quemamos varios cauchos frente al Jardín Botánico y fuimos a la bajada que da hacia la Francisco Fajardo en dirección este, pero ya los policías estaban ahí esperándonos y empezó la fiesta de piedras, cohetes y perdigones.

Ahora veo aquellas coñazas a la distancia y me parecen una coreografía estudiada: los encapuchados avanzábamos, les gritábamos insultos y provocaciones —a los pacos el insulto favorito era: “Anda a vigilar a Macu”, por aquella película en que el policía mata a los tres amantes de su mujer—, lanzábamos unas molotov que casi nunca les llegaban ni cerca a los enemigos; la policía se atrincheraba, esperaba un rato que bajáramos la intensidad de las arremetidas y entonces ellos avanzaban, disparaban, nosotros nos refugiábamos dentro del perímetro, los bichos retrocedían y recargaban las escopetas, y volvía a empezar el ciclo: provocación, avance, repliegue. En eso estábamos dos o tres horas hasta que se disolvía la manifestación.

Pero esa vez fue distinto. Tal como sucedió siete años atrás, cuando mataron a Douglas Blanco, ese día nos tiraron con todo. Éramos unos 20 los que hicimos esta avanzada; cuando retrocedíamos desde el puente hacia la entrada de la Universidad vimos que algo andaba mal: allá adentro había

una cantidad de hombres vestidos de civil, armados, a los nuestros, corriendo hacia la Escuela de Comunicación Social y a los policías disparándonos desde atrás. Estábamos entre dos fuegos: policías adelante y policías atrás. Y estábamos fuera de la Universidad. Varios logramos romper el cerco y logramos entrar y desaparecer. Pero a otros los capturaron o los hirieron.

Leonardo: Yo estaba adentro. La vaina fue así: estábamos en lo nuestro, poniendo obstáculos y barreras, y esperando al Gordo de Filosofía, que traía las pistolas, pero el hombre no llegaba. De pronto escuchamos las detonaciones afuera y nos pusimos alerta. Desde el hospital se acercó a toda velocidad una ambulancia y nos preguntamos a quién habrían herido. Corrimos hacia ella para informarnos y ayudar. Estábamos a unos pocos pasos cuando se abre la puerta de atrás y empiezan a salir tipos con armas largas y pistolas automáticas. Y estalló el verguero: los tipos neutralizaron a algunos de los que estaban más cerca, los pusieron boca abajo, mientras los escuadrones que estaban afuera iniciaban la arremetida.

Hubo varios heridos de bala. A Luis Manolo, un fragmento de proyectil le entró por la nuca y lo trasladaron al Hospital Universitario; la radiografía reveló que el trozo de metal se había detenido a cinco milímetros de la masa encefálica. Los médicos decidieron dejarlo allí porque operarlo hubiera sido más riesgoso.

A Luis Paredes, Chejendé, Maturín y otros los encarcelaron durante varias semanas.

Al Gordo de Filosofía no sabíamos si agradecerle o recriminarle la tardanza; era la primera vez que sabíamos de un combatiente que llegara tarde a la batalla, pero después pensamos en frío la situación y nos imaginamos la tragedia que hubiera ocurrido si nos enfrentamos armados a esos dos pelotones.

Mariana: Sí, muy impresionante el relato de la batalla y tal. Felicitaciones, estoy muy conmovida. Me decías que luego hablaste con el policía que dirigió la operación. ¿Así, tan tranquilo, conversando con el enemigo? ¿Con el tipo que los ametralló y los metió presos?

Leonardo: Pasaron varias cosas extrañas. La historia no es una vaina lineal y mucho menos limpia o en blanco y negro, chama. Debes saber, por ejemplo, que a esos compas que apresaron ese día los soltaron el 4 de febrero de 1992, justo el día de la rebelión militar de Hugo Chávez. Que un mes

después, durante otros disturbios en la entrada de Las Tres Gracias, estábamos en pleno intercambio de perdigones por cohetones y piedras, los tomboos allá y nosotros acá. De repente un policía de los que comandaban aquella brigada antimotines se acercó haciéndonos señas, levantó la escopeta, nos la mostró, se inclinó y la puso en el piso, caminó varios pasos hacia nosotros mientras se quitaba el chaleco antibalas, lo colocó también en el pavimento y siguió caminando. La señal estaba clara: los policías querían entablar un diálogo con nosotros.

Salimos varios de nosotros, se acercaron otros policías, y justo ahí donde unos pocos años atrás arrastraban a un Douglas Blanco moribundo se dio una conversa. Una conversa rarísima con un policía rarísimo: uno que parecía tener algo parecido a la conciencia política y que además tenía los cojones de plantear una conversación en mitad de un enfrentamiento.

Ese policía nos dijo algo como: “Miren, a ver si nos entendemos: nosotros los policías somos trabajadores explotados. Ahorita mismo estamos protestando allá adentro de la institución por las condiciones miserables de nuestro salario y otras vainas. En ese estado de cosas nos toca venir a hacer este trabajo sucio de venir a reprimir a gente como ustedes y como nosotros. Ustedes y nosotros estamos en el mismo bando, sólo que hay una gente que nos pone a arriesgar la vida para acabar con unos desórdenes o para agravarlos más, pero al final ni ustedes ni nosotros sacamos ningún provecho de esto. Un día de éstos tendremos que reunirnos para hablar de estas cosas. Pero por el momento, mi pana, dejen ya la quemadera de cauchos, ustedes se retiran para la Universidad y nosotros nos retiramos de aquí. En otras palabras: ayúdennos a no seguir trabajando por el día de hoy”.

Aquel acercamiento tan franco, y que tanto se parecía a un armisticio o negociación, fue bien visto por la mayoría de los muchachos. Pero uno de los que no creyeron en ese gesto, en mitad de la conversa lanzó una botella para donde estaba el grupo conversando y más tarde tuvo que explicarlo. Y lo explicó. Dijo: “Bien güevones tienen que ser ustedes para creer en los cuerpos represivos. Hasta el dicho popular lo aconseja: “No creas en el amor de una puta ni en la amistad de un policía”. Ese compa tenía algo de razón, pero sólo una parte de la razón.

Unos meses después, durante el otro alzamiento militar de 1992, el 27 de noviembre, el mismo grupo élite de la policía que penetró a la fuerza en la Universidad en la operación Caballo de Troya, esa gente que nos inteligenciaba y nos confrontaba, participó en la asonada militar y tomó las instalaciones de la Metropolitana en Cotiza. Formaban una brigada llamada Grupo Equis. Esa brigada fue desmantelada después de fracasado el golpe.

Precisamente mientras huía de la persecución en los días siguientes al golpe nos encontramos en una concha en El Jarillo, cerca de Caracas, algunos miembros de la Desobediencia y gente del Grupo Equis. Uno de ellos, Fabián Bermúdez, se presentó como jefe de ese grupo élite. Tras intercambiar unas palabras lo confesó: él había sido quien capitaneó Caballo de Troya. Nos contó que ese ingreso a la UCV se realizó sin notificarlo a sus jefes. Que habían pensado primero en entrar desde el Jardín Botánico a la Universidad, pero no encontraron aliados entre los vigilantes del parque, y que entonces surgió la idea de entrar en una ambulancia simulando el traslado de un herido al Hospital Universitario. Él mismo, Fabián, se hizo pasar por enfermo o convulso, masticó en el momento preciso una pastilla de Alka-Seltzer, de modo que cuando los vigilantes miraron dentro de la patrulla y lo vieron echando espuma por la boca les dieron el paso libre para el Hospital. “Fue una operación perfecta”, se atrevió a decir Bermúdez.

Animado porque los Desobedientes lo escuchábamos con atención, sin interrumpirlo, comenzó a hablar de la excelencia de ese y otros trabajos, de la índole profesional de ese grupo. “Estábamos entrenados para ese tipo de operaciones complejas. Y del lado de ustedes, pues, teníamos a un montón de muchachos violentos pero inexpertos”. Le respondí: “Mire, compañero, ¿ustedes han sacado la cuenta de la cantidad de policías que resultaron heridos por nosotros? ¿Tienen un registro de los heridos por armas de fuego y por explosivos? ¿A cuántos agentes lesionamos o sacamos de circulación? Bien, cuando saquen esa cuenta recuerden algo: nosotros no somos como ustedes, cuando los enfrentábamos nuestra intención no era matarlos. Por eso no hay ni un solo policía muerto por acciones nuestras. Si fuéramos inexpertos al disparar, esas balas hubiesen impactado en cualquier lugar del cuerpo; pero a todos les dimos en las piernas. Sólo a un comisario le dimos en el cuello con un cohetón, pero esto fue más azar que saña criminal”.

Me detuve para examinarle la expresión al jefe policial y noté que no me había creído. Yo mismo me interrogué rápidamente y tampoco me creí a mí mismo. Miré a mis panas Desobedientes y evidentemente tampoco me creyeron. Me retumbaba el poema de José Alfredo en la cabeza: “Nosotros que combatimos el mal / con el mal. Nosotros que aprendimos / que para vencer a la noche / hay que conocer la oscuridad.”. Aproveché que todos guardaron silencio para rematar:

“Así que usted nos debe agradecimiento por varias cosas, Fabián: porque no los matamos cuando pudimos, porque no le vamos a cobrar a usted los muertos que nos debe toda una institución y un sistema asesino, y porque en lugar de eso lo estamos protegiendo ahora que la historia nos puso en la misma trinchera”.

Óscar: Fue en cierta forma una luna de miel, que por supuesto se terminó porque después de los dos golpes fallidos, los cuerpos policiales expulsaron a todos los funcionarios que participaron. A todos los rebeldes que se habían encargado de reprimirnos pero que luego resultaron ser nuestros aliados dentro de esta corriente histórica, la que iba contra los gobiernos burgueses. El episodio en que se evidenció que ese romance estaba roto fue muy duro. Hermoso, porque hacía tiempo que no presenciábamos algo parecido a una victoria militar.

Fue durante la reaparición de uno de aquellos jueves culturales. La Policía Metropolitana había adquirido uno de aquellos carros blindados antimotines bautizados “la ballena”, que era un camión azul oscuro, galvanizado, con un cañón de agua en la parte de arriba, diseñado para dispersar manifestaciones sin necesidad de gastar balas. Cada vez que había disturbios callejeros y aparecía la ballena había que ir terminando con la actividad, porque aquel chorro de agua no era letal pero daba unos tremendos coñazos que si lo alcanzaba a uno de lleno lo podía lanzar a diez metros. Y después era fácil identificar a los manifestantes: al que lo agarraba la policía en la calle empapado de la cabeza a los pies lo coñaceban y detenían.

Pero aquella vez le esperaba algo distinto a ese artefacto, orgullo de la nueva etapa de la policía. Comenzaron los disturbios en la puerta de Plaza Venezuela, se detuvo el tránsito de vehículos como siempre, y en mitad de la manifestación apareció la ballena. De pronto, sin que ni encapuchados

ni policías lo hubieran previsto, de La Cachucha –el gimnasio cubierto de la UCV– comenzaron a llover ráfagas torrenciales de balas. Con ese ruido infernal, con ese estruendo que nos recordó la masacre del 27 de febrero de 1989; con ese mismo rugido de peroles de alto calibre, pero esta vez del lado nuestro, vimos bandadas de policías pegando la carrera de su vida hacia la autopista, hacia el río Guaire, hacia la plaza; otros simplemente se lanzaron en el pavimento debajo de las patrullas. Pero todos vimos, de nuestro lado y de aquel otro, como la pobre ballena, orgullo de la Metropolitana y de lo que quedaba de aquel gobierno moribundo, quedó en mitad de la vía abierta como una vil lata de sardinas: agujereada, el techo levantado, triste, muerta y humillada.

Eran las armas del Ejército, desaparecidas de los cuarteles en 1992 y reaparecidas en las manos del pueblo organizado, de los grupos armados del 23 de Enero, de la Desobediencia Popular, que ya más nunca volvió a ser una expresión inofensiva.

Mariana: Otro síndrome que detecto en ustedes: el discurso antisistema que usa las armas del sistema. ¿Ya pudieron quitarse de la cabeza la idea de que un revolucionario tiene que ser un hombre barbudo metido en una montaña con un fusil? ¿No aprendieron nada del fracaso de la lucha armada en los 60? Yo percibo una fijación con esto de las armas automáticas y las batallas con muchos disparos. Me imaginaba otra lógica. La que vence a los Ejércitos con más ingenio que armamento sofisticado. Más Vietnam. El ser humano pobre improvisando métodos y usando armas ancestrales, eso es romántico. La adoración de las armas del enemigo es alienación. Fetichismo...

Leonardo: ¿Cuántas cervezas llevamos ya? ¿Quién va a ser el primero en arrecharse con la impertinencia de esta carajita?

Ángel: Si no nos arrechamos con nosotros mismos no tenemos por qué arrecharnos con ella. Bastante evaluamos el tema del armamento en esos años y lo seguimos haciendo, por cierto.

Leonardo: Esto parece un interrogatorio policial.

Mariana: Bueno, prepárense, güevones, porque la historia los va a interpelar también... Ángel, me decías que sí discutieron el tema del armamento.

Ángel: Discutimos y pusimos en práctica algunos métodos, vamos a llamarlos alternativos. Lo de alinear los cohetones califica como arma

convencional. Las molotov no son un invento nuestro pero tampoco son armas convencionales. Los “miguelitos” eran esas grapas de metal en el pavimento para detener las patrullas. Por cierto que el 27 de febrero obtuvimos un aprendizaje del pueblo llano, en La Vega: la gente tiraba en la calle colchones y les prendía candela, y eso detenía por un rato a las patrullas y hasta las tanquetas del Ejército que fueron a reprimir.

Una vez hicimos un taller muy importante. Fuimos varios de nosotros a la casa de un camarada en El Jarillo para fabricar unos chopos caseros. Armas de fuego artesanales. Nos pidió que lleváramos tubos, madera, alambre, materiales varios de desecho. Tres días estuvimos allí, con el compa enseñándonos a armar aquellas pequeñas escopetas mientras nos hablaba justo de eso, del valor que tienen las cosas que hacemos nosotros mismos, las que se producen al margen de la industria y del sistema. Cada paso era un ritual: la limpieza del cañón, los amarres, el tallado de la madera; la forma y las medidas tenían que adaptarse a la anatomía de nuestras manos, así que eran armas *nuestras*: la cacha tenía que ser cómoda, amoldarse a nuestro cuerpo, porque la idea era que fuera una extensión de nosotros. Tal como lo conciben algunos indígenas del Amazonas, el armamento no es estándar: el cazador usa sólo el arma que él mismo fabrica. Cuando ese guerrero muere lo incineran con su instrumento, su arco y sus flechas.

Ángel: A la hora de despedirnos el compa nos dijo: “Bueno, quería decirles que hace unos días hemos expropiado unas pistolas y son para el movimiento. Así que déjenme sus chopos y se llevan estas pistolas nueve milímetros”. Por supuesto que nos negamos. Fue una reacción automática defender nuestros chopos. Eran feos a la vista, rudimentarios, pero eran nuestros. El pana nos dijo: “Ahora sí, ha finalizado el taller”. Claro que al llegar a Caracas, cuando pasó la euforia, comenzamos a preguntarnos por qué no nos llevamos también las pistolas. Pero el momento mágico de la comunión con el chopo artesanal se nos quedó en el cuerpo.

Mariana: Pero nunca participaron en ninguna acción armada, salvo aquel episodio contra la ballena. ¿Para qué las armas entonces?

Leonardo: Porque había que prepararse para momentos graves, y esos momentos llegaron el 27 de febrero. Una vez en la avenida Victoria hubo una romería blanca, esas fiestas callejeras con música, aguardiente y venta de

comida barata que hacía Acción Democrática. Cuando terminó la romería varios adecos enardecidos por el alcohol entraron por la Minerva, la puerta de la UCV que da hacia el suroeste, y empezaron a armar un alboroto. Ahí, en nuestro territorio. Esa vez fuimos varios a enfrentarlos. No hubo muertos ni heridos, pero nos echamos unos candelazos por allá, alrededor de la Escuela de Educación. Por cierto que, el día que lo mataron, Jaurena llevaba una pistola que le había robado a un militar poco tiempo antes... ya vamos a hablar de eso...

Mariana: ¿Y tuvieron algún entrenamiento militar? ¿Practicaban deportes? Digo, eso de tener armas sin estar preparados para usarlas y hablar de la guerra sin estar en condiciones físicas suena como suicida...

Óscar: Bueno, nuestro deporte extremo preferido, aparte de caernos a coñazos contra los adecos y los copeyanos en la Universidad, era caernos a cervezas. Y varias veces esas fiestas terminaban a coñazos. Recuerdo una memorable, en una cervezada frente a los estadios. En esos casos era normal que se encontrara todo el mundo y que hubiera una tregua; ahí nos encontrábamos en sana paz con los adecos, copeyanos, banderosos, comeflores, todo el mundo entregado a su fiesta, a beber caña y a hablar güevonadas. Pero esa vez el Reinaldo Conde inició una discusión con un copeyano y el ambiente se comenzó a poner tenso.

Cuando pasa ese tipo de vainas, que está por prenderse una coñaza colectiva, uno debe escoger al tipo a quien le va a meter primero. Es una convención que conoce todo camorrero y peleador: cuando varios panas van a pelear contra varios tipos, tú escoges el tuyo y no lo pierdes de vista. Esa vez yo le puse el ojo a un coñoemadre adeco muy malasangre, detestable, estudiante de Derecho. No era por algo en particular, simplemente el carajo era un pichón de político adeco, participaba en todas las actividades, en las elecciones, y era muy antipático. Era un pobre flaco sin carne ni para hacer una empanada; a lo mejor eso me hacía verlo tan fácil de conectar y de reventar. Tenía los dientes muy grandes y le sobresalían de la boca, que siempre tenía abierta; era esa clase de tipos a quienes provoca clavarles un coñazo, así sin más, sólo porque el aspecto nos parece repulsivo. A ése fue a quien le clavé la mirada esperando el momento del verguero.

Mientras tanto, Reinaldo discutía con el copeyano. Una discusión muy pendeja, que ni siquiera tenía que ver con política, pero ahí estábamos los aficionados al desorden. El copeyano se enardecía, Reinaldo se ponía impertinente, los muchachos de aquel lado y del nuestro moviendo los brazos y tronándonos los dedos, yo con la mirada fija en mi objetivo, el dientón de mierda, preparándonos para la escaramuza. La señal de inicio del vaporón iban a darla Reinaldo y el copeyano; cuando el primero lanzara una mano todo el mundo iba a entrar en batalla y yo me le iba a ir encima a mi dientón.

La señal se dio. Reinaldo le metió un derechazo al copeyano. Se activó la ola humana. Tal como lo había planeado en el fragor del éxtasis etílico, me avalanzo hacia el dientón con ese movimiento aprendido en mis antiguas clases de boxeo. Me afinco en la pierna izquierda, tenso el brazo diestro como un arco o resorte hacia atrás, cogiendo impulso, agarro toda mi rabia y mi enorme antipatía por el maldito adeco, la dejo fluir desde el cogote por el brazo hasta llegar al puño bien cerrado, calculo la distancia que me separa del objetivo. Entonces ocurre un prodigio, una casualidad cósmica, un momento mágico de comunión espiritual; una especie de acuerdo telúrico del inconsciente colectivo, de esa conexión íntima que desde el nivel molecular nos une en conciencia a los combatientes revolucionarios de toda la tierra: antes que mi puño enardecido partiera en pedazos aquellos dientes despreciables me percató de que cinco, seis o siete manos más llegaron unos segundos antes que la mía al mismo destino, y detrás venían otras. Maravillosa, increíblemente, casi todos los vergajos de nuestro bando nos habíamos fijado en el mismo ser repugnante, y varios le clavaron el múltiple coñazo justiciero al mismo tiempo.

Mientras tanto, Reinaldo había neutralizado al copeyano, lo había tirado de espaldas al piso, con los brazos inmovilizados por las rodillas, y le estaba echando una pela. El copeyano, sin poder tirar un golpe ni atajar los que le daban, le decía: “Si me sueltas no te pasa nada, si me sueltas no te pasa nada”. Los Desobedientes acabaron con todos los rivales, pero más de uno la pasó mal.

A mí me tocó una suerte parecida: destruido el dientón, me planté cara a cara con un enemigo que resultó ser muy eficiente moviendo las manos y cada golpe que lanzaba me lo pegaba en la boca. En una de esas

volteretas vi lo que podía ser mi salvación: una botella de cerveza abandonada. Esperanzado, partí la botella contra el asfalto y vi lleno de terror cómo la botella se volvió mil pedazos de vidrio y me quedé íngrimo, con el arito de vidrio del pico en la mano. El otro probó el mismo método con una botella de anís y la bicha quedó filosa como una espada, perfecta; menos mal que cinco locos nuestros acudieron en mi ayuda y me sacaron del trance. Pasé varios días sin poder toser ni reírme porque me dolía el esqueleto, y para poder tomar cerveza tenía que levantarme con una mano la especie de trompita atrofiada de elefante en que se me convirtió el labio superior, mientras con la otra me empinaba el pico de la botella en el labio de abajo. Me salvé de la muerte, pero no me salvé de los chistes y burlas de ese poco de ratas.

Esa vez vi en acción también a Perlita, una de las dos o tres mujeres que no corrieron despavoridas cuando empezó el mariquerón. Perlita era una chama flaca y no medía más de metro y medio, pero cuando se arrechaba y se ponía a malandrear esos ojos le relampagueaban. La caraja vio que un tipo iba a meterle un botellazo al flaco Sergio mientras éste desguazaba a un rival; le detuvo el brazo, lo empujó con la mano izquierda mientras con la derecha engatillada empuñaba un pedazo de bloque de cemento, y lo frenteó:

—¡Suelta esa mierda o te reviento la cabeza, mamagüevo!

—¡Suelta tú esa piedra, muchacha er coño! ¿Te quieres ganar un patadón por el culo?

—¡Suéltala!

—Arranca de aquí o te voy a joder...

—Suéltala...

Dos segundos más y Perlita lanzó la primera piedra, con las mismas ganas y la misma actitud con que las lanzaba en Las Tres Gracias o Plaza Venezuela en los disturbios. El bloque sonó y que “truc” en el pecho del tipo; el hombre se puso verde y se sentó, privado, a ver cómo recuperaba la respiración.

Mariana: Me contaban que Gonzalo le quitó el arma a un militar, y que llevaba esa misma arma el día que lo mataron. Cuéntenme más de eso.

SEGUNDA PARTE:
JAURENA

Del expediente:

... Nataly Moreno, estudiante, amparada en las Generales de Ley que sobre testigos reza el Código de Enjuiciamiento Criminal, expuso: “En el momento en que llegó la policía, que comenzaron a disparar, nosotros salimos corriendo hacia arriba. Cuando llegamos a la esquina nos dispersamos y quedé yo sola. En eso se pararon dos patrullas al lado del zanjón y cuando crucé el puente se bajaron dos policías de la patrulla y me dijeron que me detuviera. En ese momento yo volteo y veo a un muchacho que iba a cruzar el puente, pero en vez de cruzar me da la mano para que yo cruce más rápido hacia el otro lado. Después, para recortar camino, no siguió cruzando el puente sino que brincó de la mitad del puente hasta la acera; cuando cayó en la acera, se resbaló y cayó en la quebrada. Ahí los dos policías que se bajaron de la jaula lo alcanzaron, lo apuntaron con armas de fuego, con revólveres o pistolas, no sé, y le gritaban: ‘Párate, maldito’. Lo apuntaron y le gritaban. Cuando volteé a ver, lo estaban sacando de la quebrada por los pelos, lo esposaron y lo arrastraron hasta la jaula”.

Jimena Vásquez, estudiante:

Primera pregunta: Diga usted si resultó alguna otra persona lesionada. Contestó: “Que yo sepa, solamente el muchacho que le decían ‘el Uruguayo’”.

Otra: Diga usted si está enterada de que el ciudadano que menciona como el Uruguayo haya sido lesionado por arma de fuego. Contestó: “Hasta el momento en que yo lo vi no tenía heridas por armas de fuego. Y yo lo vi hasta que lo metieron en la jaula”.

Otra: Diga usted con qué tipo de arma resultó lesionado el ciudadano mencionado como el Uruguayo. Contestó: “Con golpes de las manos y patadas, uno de los policías le dio un cachazo en la cabeza cuando lo estaban sacando de la zanja...”.

Mayra Agudelo, de profesión enfermera, plenamente identificada en autos anteriores, con el objeto de ampliar su declaración rendida ante el juzgado Quinto de esa circunscripción, la cual corre inserta en el folio 272

y 273 de la segunda pieza del expediente. Seguidamente este tribunal pasa a interrogarla de la siguiente manera:

Primera pregunta: Explique en qué condiciones ingresó al hospital José Gregorio Hernández, de los Magallanes de Catia, el ciudadano que en vida respondiera al nombre de Gonzalo Jaurena. Contestó: “Al momento de recibirlo llegó en camilla, inconsciente, sin tensión arterial y fue subido directamente a Pabellón. No hubo tiempo de hacerle ningún otro examen. Posteriormente operamos, había lesión en la vena cava y la arteria aorta y casi toda la sangre estaba en la cavidad abdominal parcialmente coagulada”.

Otra: Diga usted si observó algún otro tipo de lesión visible en el cuerpo del mencionado ciudadano. Contestó: “Únicamente recuerdo los orificios de armas de fuego, pero no recuerdo cuántos eran”.

Otra: Diga usted si una persona al recibir este tipo de lesión puede mantenerse en pie durante algunos minutos. Contestó: “Sí, puede mantenerse en pie durante algunos minutos”.

Otra: Diga usted si considera que la lesión fue dada a quemarropa o a alguna distancia. Contestó: “No podría contestarle ahorita, ya que no recuerdo los detalles de la herida”.

Otra: Diga usted si considera que de haber sido atendido este paciente de inmediato se le hubiera podido salvar la vida. Contestó: “Siempre el tiempo es favorable al pronóstico, pero las heridas de la arteria aorta son generalmente mortales...”.

En la audiencia de hoy, 28 de julio de 1992, comparece ante este tribunal, previa citación, una persona que estando legalmente juramentada dijo ser y llamarse como queda escrito: Leoncio Manzanares, de nacionalidad venezolana, natural de Caracas, 38 años de edad, de profesión u oficio chofer, residenciado en avenida principal de Propatria, barrio Morochito Rodríguez, número 45. Impuesto del hecho que se averigua y de los Generales de Ley que sobre Testigos rezan en el Código de Enjuiciamiento Criminal, fue interrogado por este Tribunal de la siguiente manera:

Primera pregunta: Diga por qué y en qué circunstancias pudo usted presenciar los hechos en que fue detenido el encapuchado que disparaba en contra de los funcionarios policiales. Contestó: “Mi casa queda frente

al puente de la quebrada donde el muchacho se cayó y fue detenido. Yo estaba en la puerta de mi casa y vi lo que estaba pasando”.

Otra: Indique lo que vio en el momento en que el ciudadano fue detenido. Contestó: “Yo lo que vi fue cuando él empezó a correr y cayó en la quebrada debajo del puente, luego se paró y siguió corriendo y en eso lo agarraron los policías cuando salió a la calle. Lo agarraron y lo zumbaron en la patrulla”.

Otra: Diga usted si observó al muchacho dentro del *Jeep*. Contestó: “Sí, yo vi cuando lo tiraron y cayó en el piso de la patrulla, luego se lo llevaron y no supe más nada”.

Otra: Diga usted si observó algún funcionario dispararle al detenido dentro de la patrulla. Contestó: “No”.

Otra: Diga usted si los funcionarios que detuvieron al ciudadano portaban capuchas. Contestó: “Sí”.

Otra: Diga usted si observó otros testigos en el lugar de los hechos. Contestó: “Había varias personas”.

Otra: diga usted si observó que el encapuchado estaba acompañado por otros ciudadanos, si estaban en la misma actitud que él o en actitud de amistad (*sic*). Contestó: “Cuando él estaba arrinconado, estaba solo. Antes de eso les decía a unas estudiantes que cruzaran la quebrada. Una de ellas se enredó en el puente y él la ayudó a levantarse, por eso fue que él quedó en mala posición y cayó a la quebrada”.

Janet Cabañas, de profesión oficios del hogar:

Primera pregunta: Diga usted si conocía de vista, trato y comunicación al ciudadano Gonzalo Jaurena. Contestó: “No, lo conocí ese día y cruzamos algunas palabras”.

Otra: Diga usted si sabe dónde se encontraba el hoy occiso en el momento de su detención. Contestó: “Él venía cruzando la quebrada, entonces él cayó y yo seguí. Me paré como a tres metros y los policías lo sacaron de la quebrada, lo hicieron subir a la patrulla y le daban golpes y patadas, le decían groserías, le decían: ‘Ajá, coñoetumadre, te caíste, te agarramos, ¿ahora qué vas a hacer?...’”.

Jesús Moreno Cuenca, oficial activo del Ejército de Venezuela, amparado en las Generales de Ley que sobre testigos reza el Código de Enjuiciamiento Criminal, expuso: "... se me acercaron cuatro hombres armados y me despojaron de mi arma de reglamento bajo amenaza de muerte".

Diga usted cuánto tiempo después de los hechos relatados consignó la denuncia de ese robo. Respondió: "Esa misma tarde fueron notificados mis superiores en la Comandancia General del Ejército, y luego la información se envió a los canales regulares en la Policía Técnica Judicial y la Disip".

Otra: Diga si conserva las señas de registro y control del arma de la que fue despojado. Respondió: "Las conservo. Pistola marca Glock, color negro, calibre nueve milímetros, serial GRG-637".

Consta en acta que las señas proporcionadas coinciden con las del arma que le fue decomisada al ciudadano Gonzalo Jaurena Abásolo el 4 de abril de 1989, durante los hechos que aquí se investigan.

... Heli Durán, de profesión u oficio médico, en su carácter de médico forense: "... le practiqué la necropsia al cadáver de un hombre joven, de veintidós años de edad, que presentaba en el examen externo las siguientes lesiones: una herida por proyectil de disparo de arma de fuego, con orificio de entrada en la parte anterior de la región lumbar derecha, sin orificio de salida al exterior. El proyectil no penetró directamente a la cavidad abdominal sino que entra a la pelvis, donde produce lesión de los vasos ilíacos derechos tanto de la arteria como de la vena. Luego el proyectil ocasiona fractura de la cara anterior del hueso sacro y rebota, habiéndose encontrado en el meso del sigmoide. Esto indica que la dirección del trayecto intraorgánico del proyectil es de atrás hacia adelante, de derecha a izquierda y de arriba hacia abajo...".

Valeria Duarte, de ocupación obrera, amparada en las Generales de Ley que sobre testigos reza el Código de Enjuiciamiento Criminal, expuso: "Yo estaba sacando la basura de las papeleras como hago todos los días.

Cuando estaba limpiando una de las papeleras del pasillo de entrada a Emergencias me di cuenta de que había una cartera de hombre. Revisé y saqué la cédula que había y era de un muchacho que no había visto nunca. Le mostré la cédula a una gente que estaba en la sala esperando a sus familiares, no les mostré la cartera porque cualquiera podía decir que era suya para ver si se quedaba con los reales. Le pregunté como a cinco personas y nadie me dio razón, nadie conocía al muchacho. Una enfermera me vio en eso y me pidió la cédula para verla, y dijo que se parecía mucho a un hombre que lo estaban operando en ese momento porque ingresó con un tiro en la espalda...”.

Ángel Silva, de ocupación periodista: “... los médicos y las enfermeras estaban seguros de que ese muchacho que acababa de morir en el quirófano era el portador de la cédula. Bueno, me sensibilizó el caso de ese joven abandonado ahí, operado y fallecido sin un familiar que lo acompañara, y me comprometí a llamar a sus familiares desde la redacción del periódico en que trabajaba en ese momento, ya que en el hospital había pocos teléfonos monederos que sirvieran o estaban muy abarrotados de gente. La señora de la limpieza me entregó la cartera, yo fui a la redacción y revisé los números anotados en varias tarjetas. Llamé de primero a uno que decía ‘Casa’. Me atendió la mamá del muchacho...”.

De un artículo de *El Diario de Caracas*, 6 de abril de 1989:

“... Según el informe policial, el individuo forma parte de unos 40 encapuchados que en esa fecha, 22 de febrero, promovieron actos de vandalismo a la entrada de la UCV adyacente a Las Tres Gracias y al Hospital Universitario. Este grupo es conocido dentro de la comunidad universitaria como ‘los Lobos Solitarios’ y ‘los Doce del Patíbulo’ y son los que utilizan para sus actos vandálicos bombas molotov y cohetes disparados con tubos recortados...”

El informe es acompañado de copias fotostáticas donde aparecen encapuchados con franelas enrolladas en la cara.

Se espera que en los próximos días se practiquen detenciones y allanamientos en busca de otros facinerosos con posibles conexiones con Cuba y otros países de la órbita soviética”.

Héctor: Lo que nunca logré mostrarte, hijo, fue la enormidad de mi pelea interior. Esa guerra entre el atormentado orgullo y los recuerdos: el orgullo por tu militancia y tu entrega, y el recuerdo de las mías.

Atormentado orgullo: luchabas contra un sistema y un gobierno de testables, y eso es lo que un militante espera de su hijo (tú: mi único hijo varón). Pero al frente de ese gobierno estaba en funciones un presidente que en 1977 había salvado la vida de nuestra familia. El primer gobierno de Carlos Andrés Pérez nos rescató de aquella monstruosa desgarradura personal y familiar. Pero la salvación no merece ese nombre cuando el doble precio es la lejanía de la patria y el dolor mortal de nuestra otra tragedia.

Miriam: Era nuestro natal Uruguay, era la falsa democracia de Pacheco Areco y era 1971.

Recuerdo a mi esposo altivo e intransigente antes del carcelazo; tipo recio, casi feroz, con esa vitalidad sin aspavientos propia de quienes saben que es posible y preferible ganar un combate sin necesidad de utilizar los puños. Docentes ambos, Héctor, de Física, yo, de Matemáticas, y ambos discretos militantes de una izquierda que no podía expresarse abiertamente porque las botas y la cárcel permanecían a la distancia de un allanamiento o una delación, descubrimos con amargura que el ajedrez político del país se nos convertía en intrincado dilema. Quien fuera o se sintiera socialista podía:

- Limitarse a ejercer un apostolado silencioso, intelectual, contemplativo, sin conexión con la realidad más amarga del país;
- echarse a nadar en el pesado fango del activismo a sangre y fuego en el que militaban los Tupamaros; o
- incorporarse a aquel sistema político con apariencia legal, dedicarse a hacer proselitismo y esperar que la estrategia del avestruz funcionara: no quiero ver la dictadura, no hay dictadura.

Campeones de la simplificación, los gobiernos derechistas del continente se las arreglaron para meter a los militantes de todas esas variaciones de la izquierda en una sola bolsa, y el gobierno uruguayo adoptó gustoso la fórmula: izquierda es comunismo, comunismo es guerrilla, guerrilla es Tupamaro y Tupamaro que se deje capturar debe morir, pasarla muy mal o primero esto y después lo anterior.

Miriam y Héctor sabían que la expresión “lucha de clases” podía significar y sugerir cosas distintas según la conveniencia y a veces el temperamento de cada quien. “La existencia misma de clases supone lucha de clases”, retumbaba el discurso de los manuales. Pero la realidad dejaba ver más claramente otro pasaje del mismo manual: para los oprimidos, luchar no es limitarse a existir, sino cumplir con la alta misión de asaltar el poder por cualquier vía. Y el verbo “asaltar” olía a pólvora, con Lenin o sin Lenin.

Otra del manual: sólo debe acudirse a la opción violenta cuando estén dadas las condiciones objetivas y cuando se hayan agotado las otras vías. Los Tupamaros, enfrentados en todos los terrenos a la locura fascista que les arrebatava la patria, decidieron que si no estaban dadas esas condiciones que abrían las compuertas a la Revolución, entonces era preciso crearlas (otra idea de otro manual). En este punto quedaba trazada la línea que separaba a Héctor de ellos. Según su visión del mundo era preciso dejar que la historia cumpliera sus etapas y sus ciclos antes de abrir las compuertas. El foquismo le olía y le sonaba a apresuramiento, y éste le sonaba y le olía más irresponsable que puramente juvenil.

Entre ser socialistas de clóset, socialistas de acción y volverse avestruz, Héctor decidió practicar las artes del equilibrismo en una delgada cuerda: proclamaba y explicaba abiertamente sus convicciones, se reunía para conversar con algunos amigos suyos, Tupamaros fichados y reconocidos, pero sin participar en las actividades del movimiento. Probablemente no le pasó por la mente que parecer Tupamaro podía ser tanto o más peligroso que serlo.

Un día, uno de aquellos amigos militantes le pidió que lo acompañara en su automóvil para trasladar “algo” a un barrio de Montevideo, tan sólo eso. Un recorrido de pocos minutos dentro de la ciudad, en un automóvil; conversación sobre cualquier cosa, entrega de ese “algo” en el sitio indicado y regreso de cada hombre a su respectivo hogar.

Esa noche las autoridades militares violentaron la puerta y allanaron nuestra vivienda. Hicieron preguntas, decomisaron unos libros. Aparte de eso, nada peligroso o comprometedor encontraron, pero se llevaron a Héctor. Era noviembre de 1971.

Como educadora con varios años de ejercicio, yo tenía algunos privilegios en el liceo donde daba clases. Uno de ellos era el no poder ser removida de mi cargo, y fue precisamente el primero que me arrebataron. La directiva de la institución y los padres de algunos de mis alumnos consideraron que ser educado por un Tupamaro o por la mujer de un Tupamaro iba contra las aspiraciones de la familia uruguaya promedio: la paz de quienes no se meten en política, el derecho de los hijos a recibir una formación más o menos cristiana y respetuosa de la figura de la autoridad. Y, por supuesto, eso de contar en la planta de profesores con algún comunista vigilado por el Gobierno tampoco contribuía con el prestigio del liceo.

Ese año finalizó para mí sin empleo, con mi esposo preso en una instalación militar y sin permiso para recibir visitas, sin noticias de su situación y con dos hijos pequeños cuyas preguntas eran difíciles de responder. Gonzalo y Andrea fueron durante varios meses mi mayor ejercicio de autocontrol y también mi soporte emocional.

Héctor: Yo tenía suficientes noticias y testimonios de compañeros detenidos por la dictadura como para temer lo peor. La noche de la detención los esbirros fueron soeces con el verbo y las maneras, pero no hubo agresión física. En el trayecto desde la casa hasta el lugar donde iba a ser confinado no me dirigieron la palabra ni una sola vez. Tres veces pregunté por los motivos de mi detención y nadie respondió ni explicó nada. Nada: sólo silencio, dos armas apuntándome y las calles mudas de Montevideo.

Llegamos a un cuartel. Una vez adentro me condujeron a una oficina con dos sillas y un escritorio. Me vendaron los ojos. Pensé, entre espasmos mal disimulados, que ahora vendría eso que simplemente llamé “lo peor”. Un segundo después, el arrepentimiento y la culpa: el pesado instante en que piensas en el dolor físico que vendrá y dejas de pensar en tu familia. Miriam, Gonzalo y Andrea en el olvido; duró un segundo o una fracción, pero *dolía*. Dolía saber que el dolor de la carne o su anuncio podían hacerte relegar durante esa inmensidad de tiempo el dolor y el terror por la suerte de los tuyos. Volví a preguntar, a solicitar alguna razón jurídica; nuevamente el silencio.

Y los golpes no llegaban. La tortura no llegaba. Ya vendría, pero no terminaba de llegar. Era ese momento en que las ideas y premoniciones chocaban y no daban con ninguna respuesta. ¿Qué fue lo que hice?, o ¿de

qué se me acusaba? Era el tema, llamémoslo “lógico”, que me rondaba. Pero la lógica nada tiene que hacer donde unos hijos de puta están fraguando una desgracia. Y ese espacio-tiempo que se estiraba y parecía nadar en densa gelatina era exactamente eso, el preludio de una desgracia inevitable.

Miriam: En febrero de 1972, luego de tres meses –uno de ellos el diciembre más desolador de mi vida hasta ese momento– obtuve al fin el permiso para visitar a mi esposo en la cárcel. Hasta entonces sólo había tenido noticias suyas por boca de algún militar de mediano rango, quien estaba autorizado para informarle que Héctor estaba con vida pero que no podíamos verlo ni hablarle. Tres meses después se flexibilizó esa orden y acudí a visitarlo; fui con mi cuñada, la hermana de Héctor.

Nos hicieron entrar por un pasillo hasta un recinto donde los presos recibían a sus familiares. Nada particular: una mesa larga que dividía la habitación, unas sillas del lado derecho para que se sentaran los presos y otras del lado izquierdo para los visitantes. Caminamos lentamente desde un extremo de la mesa hasta el otro, y cuando llegamos al final nos alarmamos porque no vimos a Héctor. Hicimos el recorrido a la inversa poniendo más atención a los rostros; no había señales suyas. Volteé para fijarme en un hombre desconocido que en nuestra ida y vuelta nos había llamado con la mano. No pude contener un grito y a duras penas evité desvanecerme.

Allí estaba, lo habíamos visto dos veces sin reconocerlo: era un Héctor demacrado y fantasmal, alguien apenas parecido al hombre robusto que los milicos se llevaron de nuestra casa tres meses atrás.

Héctor: Con los ojos vendados me trasladaron a otra habitación. Me juntaron y ataron las muñecas detrás del cuerpo. Sentí como fijaban la venda sobre mis ojos y los amarres de las muñecas con cinta adhesiva. Escuché mi voz decir: “Al menos podrían dejarme llamar a un abogado”. Fue la última vez que oí una voz humana en las semanas que restaban del año 1971 y otras más del 72, pues cuando terminé de decir esa frase los carceleros me clausuraron los oídos con parafina. Sentí que me ataron las piernas a la altura de los tobillos y las rodillas. Sólo en este punto del terror y el desconcierto me cruzó por la mente una idea peregrina, tal vez la más inútil de todas: luchar contra aquellos hombres e intentar una salida, correr hacia la calle, llamar la atención; jugar al azar insólito y tal vez ingenuo de una

revuelta o conmoción que me salvara, que los hiciera detenerse. Mientras fantaseaba de esta manera sentí que me levantaron entre varios hombres y me echaron encima de algo que me mantenía separado del piso, bocabajo. No sé cuánto tiempo tardé en intuir o adivinar que estaba acostado sobre una malla o red, probablemente parecida a las de las porterías de fútbol.

Tampoco puedo precisar qué se esfumó primero: si el pánico, la noción del tiempo transcurrido o el sentido de las partes del cuerpo y sus funciones. El nombre que se le da a aquello que me estaban haciendo es demasiado elegante para designar tanta crueldad, tanto ensañamiento, tanta perversidad: se llama “aislamiento sensorial”. Hasta entonces yo había oído hablar de esto como si se tratara de algún mito o acontecimiento lejano o remoto. Pero ya no era remoto ni lejano ni improbable: allí estaba y era mi tortura. La que me tocó en desgracia.

De cuando en cuando ésta es la forma correcta de dividir el tiempo cuando te exilian de su decurso normal o social y te lo hacen inmensurable: llegaba alguien con un plato o recipiente, lo colocaba debajo de mi boca y entonces yo ejecutaba el movimiento mecánico que atraía el contenido –lo que fuera– hacia dentro, y luego ejecutaba otro movimiento que en condiciones normales yo llamaría “masticar”, antes de efectuar la función llamada “tragar”. A veces el acto de capturar aquellos trozos de lo que fuera fallaba, el fragmento sólido caía y el portador del envase parecía molestarse; lo subía con brusquedad y lo dejaba pegado de mi barbilla-boca-nariz (existe una parte del cuerpo, ubicada en la cabeza, que se llama barbilla-boca-nariz, con lo cual se hacía más fácil atrapar los pedazos de no-sé-qué). Pero masticar se convertía en algo incómodo y más de una vez imposible, porque había otra función, que en condiciones normales llamamos “respirar”, y que se dificultaba porque la nariz quedaba muy cerca y a veces dentro del contenido del recipiente. Las primeras veces el contenido del envase se quedaba estancado en mi garganta, y al rato tenía que expulsarlo. Con la práctica tuve éxito en eso de lograr que viajara más allá del esófago.

También me colocaban otro envase lleno de agua; aprendí pronto que, cuando me lo acercaban para que yo sorbiera su contenido con los labios o ayudándome con la lengua como había visto hacerlo a algunos animales era la indicación de que la ceremonia estaba llegando a su fin. Culminada

ésta quedaba mi barbilla-boca-nariz goteando y mi cerebro nuevamente en silencio. El encuentro con el envase y su pequeña carga era la llegada de algo que –en condiciones normales– pudiera llamarse “sonido”.

Algunas veces el portador de esos envases venía de buen humor y jugaba un rato: me lo colocaba al alcance de la barbilla-boca-nariz y cuando yo iba a realizar con los labios el movimiento habitual de la captura, él alejaba el envase. Me acostumbré a la idea de que aquel ser no era, no podía ser, un monstruo: era capaz de algo tan definitivamente infantil como jugar. Jugaba yo entonces con él, o le seguía el juego hasta que me permitía atrapar las cosas que me llevaba en esa ocasión. Creo que alguna vez ensayé el acto que en condiciones normales llamamos “hablar”, y dije, o creo haber dicho, “gracias”. Gracias por el juego. El único en el que participé en aquellas circunstancias.

Extrañamente, no desarrollé como cabía esperar los sentidos del olfato o el gusto. De hecho, nunca identifiqué el contenido de los platos o envases. ¿Estarían llevándome acaso alguna especie vegetal o animal no reconocible? Tal vez. Tampoco me perturbaba demasiado el olor de las sustancias que mi cuerpo expulsaba de vez en cuando. Me molestaba al principio, sí; luego se convirtió en una presencia o ausencia más. Algo que corría o se estacionaba sin consecuencias perceptibles –“percibir”: algo que los seres humanos hacemos en condiciones normales.

La llegada del envase era el gran acontecimiento. El único que esperaba con alguna ansiedad. No era hambre esa ansia; no era el sentido del gusto –otro sentido que funcionaba cuando yo vivía en condiciones normales– el que esperaba su momento de solaz, sino el oído. Porque cada paso del acto de recibir aquellas cosas del envase, de procesarlas en la boca antes de hacerlas pasar a la garganta, se convirtió en una sinfonía particular, en un festival de gruñidos, roces, ataques de líquidos, trituraciones y deslizamientos. En condiciones normales aquello pudiera pasar por música. Pero era algo más: era tener el control sobre cada instrumento. Yo sabía cuándo una acción chirriaba, crujía, rodaba o estallaba. Al cabo de varias de aquellas sesiones ya no tenía memoria de voces o melodías. Me acostumbré a desplazarme en aquel nuevo universo del cual era habitante involuntario.

La noción del tiempo era el recuerdo de unas agujas que giraban, pero en aquella isla antisensorial la velocidad de rotación de esas agujas tenía la textura de los fantasmas: adiós a los días, adiós al hábito de esperar y almacenar fechas; adiós también al miedo, a las preguntas. El pánico desapareció y dio paso a una especie de modorra permanente, a una quietud narcótica.

En algún momento de aquel no-tiempo sentí que me rompían la cinta adhesiva de las muñecas y entonces regresó una parte del estado anterior a todo esto: regresaron las preguntas, regresó el recuerdo de mi mujer y de mis hijos, regresó la conciencia militante y el odio a los milicos y opresores: regresé yo, Héctor Jaurena, a la rabia y al impulso primario de la rebelión. Pero junto con todo esto, que hasta entonces había llamado “las condiciones normales”, regresó también el pánico, regresó un llanto fiero, un reclamo que no pude escuchar ni descifrar. Me pusieron de lado sobre el lado derecho; sentí que me tomaron el brazo izquierdo y me colocaron algún instrumento frío. Luego una mano se posó en el lado izquierdo de la nuca, un paño o esponja frotó mi rostro; nuevamente me regresaron a mi posición boca abajo, nuevamente una cinta adhesiva, esta vez no en las muñecas sino en las manos, y luego nada: sólo silencio, el horror y la rabia apuntándose y el recuerdo vaporoso de las calles mudas de Montevideo.

En otra ocasión me bajaron de la red, me quitaron las cintas adhesivas, los vendajes de los ojos y la parafina de los oídos. Dolió; no es difícil asociar aquella sensación con la de nacer de nuevo. Me dolían los ojos; tardé un rato en poder abrirlos y otro rato más en superar el encandilamiento. Jamás volví a ver con la nitidez de antes, aunque algo pude distinguir mientras me acostumbraba de nuevo a la luz. Pero el sentido que me deparaba mayores y más monstruosas sorpresas era el oído.

Me ayudaron a bañarme, me colocaron ropa limpia y me empujaron hacia un pasillo, donde me caí varias veces, porque los pies me hormigueaban y los tobillos no podían sostenerme. Estuve sentado en un sofá durante no sé cuánto tiempo, en una oficina a media luz. Me ofrecieron un vaso de agua. Esperé unos segundos a que me la acercaran a la boca, pero eso nunca ocurrió. Cuando comprendí la nueva situación, tomé el vaso con las manos, bebí y tragué. También fue doloroso y torpe; tosí varias veces al no poder controlar el flujo del líquido hacia la garganta.

Más tarde unos hombres me ayudaron a incorporarme y me llevaron casi a rastras a la sala de visitas. Había una mesa larga con una hilera de sillas para los presos y una del lado de allá para los visitantes. Me sentaron en una de las sillas al lado de otros presos. Sentí que todos en la sala farfullaban algo pero no podía comprenderlos. De pronto vi pasar a Miriam y Laura, mi esposa y mi hermana. Intenté decirles algo en voz alta pero mi garganta sólo emitió un ruido lastimoso; pasaron de largo y luego se devolvieron. Cuando volví a tenerlas enfrente les hice señas; quise levantarme, pero no pude. Cuando hubieron hecho este segundo recorrido vi que Miriam volteó, me observó por unos instantes y se echó a llorar.

Se acercaron, me dijeron algunas cosas; descubrí con terror que no entendía lo que me decían. No era sordera, por el contrario, sentía los sonidos amplificados y con una especie de eco potente e incontrolable; era algo más pavoroso: mi cerebro no lograba procesar aquellas voces, y las mías propias me parecían lo bastante extrañas e inútiles para comunicar idea alguna.

El resto de mi reclusión fue menos humillante. Los verdugos parecían satisfechos con su obra.

Miriam: Héctor salió en libertad en abril de 1972. No reconocía nuestras voces ni ninguna voz humana y optó por no hablar. Costó mucho tiempo y el trabajo dulce y dedicado de una terapeuta la hazaña de ayudarlo a reincorporarse al ABC de la vida, al simple y cotidiano reino de los seres que se desplazan, comunican ideas, entienden y se hacen entender.

Nuestros hijos, Andrea y Gonzalo, estaban demasiado pequeños para comprender y, por lo tanto, padecer la situación; tenían dos y cuatro años. Aún en etapa de recuperación, Héctor comenzó a ganarse la vida reparando televisores y otros artefactos eléctricos; atrás quedó el tiempo de la docencia y la universidad. Yo me dediqué a tiempo completo a moldearles unos hábitos, una personalidad y un ambiente propicio a los niños, lo cual no dejaba de ser una buena noticia y una grata situación.

Prácticamente desde la excarcelación de Héctor comenzaron a pensar y hablar con los códigos, las esperanzas y el tono propio de los exiliados. Uruguay era un sitio apto sólo para largarse de allí, a menos que uno fuera el típico imbécil que se deja arrear dócilmente para no molestar a la tiranía, o

ese otro imbécil que no se opone a nada porque no sabe qué diablos está sucediendo en el país, y al final cuando llega a saberlo sencillamente no le importa. No éramos esa clase de personas, pero tampoco esa otra clase a la que le sobraban recursos y conexiones para marcharse muy lejos y de inmediato.

El vistazo a los regímenes gobernantes en los alrededores cercanos no era precisamente auspicioso. Argentina era una especie de Uruguay aunque más aplastante. Chile vivía el increíble paroxismo de un Pinochet elevado a la condición de campeón del anticomunismo en toda Suramérica, y haberse ganado ese título en un continente lleno de gorilas no era poca cosa. Paraguay era Stroessner, la Bolivia de Bánzer casi no era un país, Brasil andaba en lo mismo y además le oponía la barrera del idioma a una familia habituada a ganarse el pan mediante el uso de la palabra en idioma castellano.

Justamente esos grandes pedazos de Latinoamérica eran el hogar del Plan Cóndor, ese engendro que unía a las fuerzas militares del continente. Los militares de cada uno de esos países prácticamente tenían jurisdicción en los demás. Estar fichado como comunista en Uruguay y “huir” hacia Argentina era como ser apresado en casa, en el menos desafortunado de los casos; el catálogo de crímenes que los milicos del Sur confeccionaron contiene la historia de los legisladores uruguayos Zelmar Michelini y Héctor Gutiérrez. Avestruces de corazón, hicieron exactamente ese recorrido y allá fueron asesinados. Como si estuvieran en casa.

Cuando uno ingresa a la doble categoría de perseguido y herido en su dignidad, es más cómodo cuando se odia a un dictador, porque así personalizas tu rabia. Pero cuando se trata de todo un sistema como aquella comunión de dictaduras, no hay una persona o cosa física en la cual depositar tu encono, así que la opresión se te vuelve una presencia inasible e insoportable.

Optamos entonces por dirigir las miras más hacia el Norte, y allá despuntaban los nombres de dos países con economías fuertes y cierto prestigio de su estabilidad: Costa Rica y Venezuela. Tres años transcurrieron antes de que Héctor estableciera contacto y amistad con el embajador venezolano en Montevideo, y unos pocos encuentros para que le hiciera saber de sus planes de establecer residencia en Caracas.

A principios 1976 todo caminaba rápidamente en esa dirección. Pero las dictaduras tienen el poder de ensombrecer las caminatas del optimismo.

En aquel estado de guerra interna ahora era presidente de facto de Uruguay un funesto Demicheli y ganó notoriedad una maestra uruguaya de nombre Elena Quinteros, una mujer de 32 años vinculada con los Tupamarios. Asediada en su hogar, en su trabajo y en las calles, Elena irrumpió una tarde a toda velocidad en la sede de la embajada de Venezuela en Montevideo; acababa de lanzarse de un auto policial donde la llevaban prisionera. Se encontraba ya dentro del recinto, bajo protección y custodia de Venezuela según lo que indica lo más básico del derecho internacional, pero sus perseguidores entraron tras ella, se enfrentaron a los vigilantes y la arrestaron. Sometida a torturas según testimonios de otros reclusos, sus allegados comenzaron a perderle el rastro entre los centros de detención y torturas.

El gobierno venezolano dirigió a Uruguay una furibunda protesta y dos días después rompió relaciones diplomáticas con ese país.

A Elena Quinteros no volvió a verla nadie nunca más. Ni muerta ni con vida. Ésa fue la acción de Gobierno más notoria del títere Demicheli.

Con la partida de su amigo el embajador, justo antes de que le fueran entregados la visa y el permiso de residencia, Héctor sintió que sus planes daban un traspíe, pero las gestiones para su viaje a Venezuela quedaron muy adelantadas. No había dado tiempo para hacer lo propio conmigo y los niños, pero a Héctor le faltaba sólo la visa y el boleto aéreo para irse del país.

El trago amargo final para Héctor lo representó el trámite inconcluso de la visa. En Uruguay había entonces dos tipos de cédula de identidad: una blanca para los ciudadanos no fichados o con cuentas pendientes con la dictadura, y una amarilla que era el emblema de los perseguidos, la campana de la ignominia que debe sonar del leproso, la cruz de ceniza en la frente de los Aurelianos. Héctor guardó por siempre, con justificado orgullo, su cédula amarilla.

Para la fotografía del pasaporte los hombres debían prescindir de la barba y el bigote. Sólo se permitía un tipo de mostacho muy delgado que caricaturizaba muy bien a Jorge Negrete. Una humillación menor, posiblemente la única que movía a risa en medio de las muchas brutalidades oficiales.

Héctor partió y llegó a Venezuela el 1.º de enero de 1977. Seis meses más tarde lo alcanzamos nosotros. Nuestro sentimiento inicial fue, porque tenía que serlo, de gratitud hacia el gobierno socialdemócrata de Carlos Andrés Pérez.

Doce años más tarde ese mismo personaje, presidente de Venezuela por segunda vez, habría de hacernos cambiar esa gratitud por lágrimas, rabia y otra vez espanto.

Ángel: Los hombres que han protagonizado gestas heroicas suelen relatárselas a sus hijos para inculcarles sustancia patriótica, ese combustible de la nobleza, el temple, el orgullo familiar y el honor. La expresión “tener algo que contarle a los nietos” no es, de ninguna manera, una metáfora.

Gonzalo conoció los detalles del martirio de su padre por boca de otros; la cautela le indicaba al viejo que regodearse delante del muchacho con el relato de sus padecimientos y los de sus camaradas podía enardecer en demasía al muchacho, ya de por sí bastante temperamental y sensible a los dolores que han esculpido la historia de los pueblos.

“Trataba de no hablar mucho con él de política”, me dijo Héctor una tarde caraqueña. “Gonzalo era activista de grupos estudiantiles de izquierda, y eso me enorgullecía. Yo nunca manifesté este orgullo, aunque tampoco traté de inhibirle sus inclinaciones. Me limitaba a recordarle que Venezuela nos había dado refugio y oportunidad de levantar el hogar en un momento difícil, cuando nos tocó abandonar nuestro país, y no nos convenía meternos en problemas con el Gobierno venezolano”. Sabía, además, que los mecanismos de la represión podían ser igualmente inhumanos en las dictaduras y en estas tambaleantes democracias latinoamericanas, a medio construir y conducidas de acuerdo con esquemas donde el grito de los pobres y los rebeldes era un asunto molesto y pecaminoso.

Al ocultarle los pormenores de su calamidad, Héctor buscaba mantener a Gonzalo a salvo de los riesgos que lo habían sumergido a él en esa pesadilla de su madurez temprana.

Roseliano: Gonzalo el Uruguayo, como lo llamaban, formaba parte de los Doce del Patíbulo. Había en el fondo de aquellas acciones una propuesta política de propagación de un discurso de desobediencia popular, y no sólo el disturbio por el placer del disturbio. Casi siempre estas manifestaciones eran de mediana intensidad, pero cuando esos carajos entraban en acción las vainas se ponían más graves, o más bien sabrosas, dependiendo del punto de vista. La violencia revolucionaria, la violencia de los pobres, no es apta para muchachos güevones.

Hubo un tiempo en que había disturbios todas las semanas en Las Tres Gracias o en Puerta Tamanaco (Plaza Venezuela) y se hizo costumbre que los jueves hubiera peo. Los ucevistas empezaron a llamarlos “los jueves

culturales”. Esto se convirtió en una especie de convención no establecida, en ritual sin guion: los jueves eran para protestar. Pero de pronto salieron al ruedo estos Doce del Patíbulo y empezaron a echar vaina cualquier día de la semana, sin previo aviso y sin medir las consecuencias políticas de actuar sin tomar en cuenta circunstancias “especiales”. Por ejemplo, cuando era día de quincena y había cervezadas o fiestas y el ambiente se prestaba más bien para relajarse y rumbear, estos locos se zumbaban unas acciones que agubaban la celebración e indisponían a la gente.

A Gonzalo yo lo aconsejaba, o trataba de hacerlo. El pana por lo general me escuchaba y me paraba bolas, o al menos eso parecía. Pero era un carajo muy temperamental, era lo que se llama un entrompador. Era muy difícil que alguien que activaba o participaba en disturbios violentos le aconsejara a otro que andaba en lo mismo que no lo hiciera, pero según mi punto de vista y el de muchos compas era necesario que este pana controlara sus ímpetus, que no se expusiera tanto; que si no medía los riesgos y seguía empeñado en meterse de frente en acciones espectaculares y voluntaristas, en cualquier momento lo iban a joder.

Las únicas veces que bajaba la guardia cuando discutíamos este punto era cuando le tocaba una referencia personal y familiar: “Coño, chamo, yo sé lo que es ser hijo de un guerrillero, yo entiendo lo que es querer parecerse al viejo de uno, que también fue guerrero. Pero uno no se va a dejar matar por esa vaina, no tenemos por qué ser mártires”. El argumento lo aplacaba un rato, porque Gonzalo, según he oído, era hijo de un Tupamaro uruguayo que fue torturado en los años 70. Pero cuando terminábamos de conversar, se encontraba por ahí con José Alfredo y éste le volvía a meter el incendio en la cabeza.

Mariale: El día que decidí inscribirme en la Juventud del Partido Comunista fui a la sede de Cantaclaro, allá en San Juan, y fue más bien el bautizo de una novata en muchas cosas. Llegas, con esa pinta de sifrina y con ese hablar tan raro y esa pinta más rara todavía; un tipo te explica qué cosa es ser militante comunista, te recomienda unas lecturas, fijan un día para discutir los materiales leídos y de pronto en una de esas sesiones el carajo resulta no estar tan interesado en discutir manuales ni en hablar de ideología o política, sino en cogerse a la aspirante a revolucionaria. Nada

grave, todo normal, pero por supuesto que arrancó mal mi vínculo con el Partido Comunista.

Hice algunas tareas. Militaba en la célula Livia Gouverneur. El local de la California Sur al que asistía era un espacio donde se pintaban pancartas y mi tarea era vender Tribuna Popular en los carritos que iban de Chacaíto al Centro, ida y vuelta, cada sábado de mi adolescencia. Lo sentía como una tarea mecánica y sólo eso, pero lo que me venía entusiasmando era el otro vínculo que conocía con la subversión: la gente de la Simón Bolívar que andaba coqueteando con la de la UCV. Pocas cosas son tan fascinantes para una estudiante de bachillerato que el ámbito universitario. Y además allí se debatían cosas importantes y cercanas, se combatía, había adrenalina en el ambiente.

A Gonzalo yo lo admiraba en silencio, lo veía en acción, lo escuchaba, me enamoraba; me parecía un chico misterioso que estudiaba en la Universidad. Era rubio, bonito, siempre serio, metido en política de la de verdad, en disturbios, en centros de estudiantes. Algo me decía que ese carajo iba a ser importante en mi vida. Pero en los primeros encuentros no hubo cruce de palabras; creo que de vaina me miraba; yo era una carajita insignificante al lado del combatiente. *El Tipo*.

La primera vez que hablé con Gonzalo me lo encontré en el Metro. Fue el 9 de septiembre de 1988. Me lo presentó una amiga en común. Recuerdo la mezcla de nervios y vergüenza que me produjo tener el maldito uniforme de bachillerato puesto justo el día en que me lo presentaron. Tenía prendida en la franela una chapa con la silueta del Che Guevara. Las primeras palabras que me dirigió no fueron precisamente las más indicadas para levantarse a una carajita: “¿Y qué hace una burguesa como tú con la imagen del Che Guevara? ¿Tú sabes quién fue ese tipo?”. Y se rió con esa carcajada ultracínica que lo caracterizaba. Esa risa que servía para hacer reír y para hacer arrechar con la misma facilidad.

Yo, por supuesto, me quería morir. Me presentan a el Tipo y se burla así de mí. No sé ni qué le dije pero fue una situación horrible. Al pasar el torniquete, nuestra amiga iba hacia el oeste y yo hacia el este; también Gonzalo, así que tomamos el Metro juntos y hablamos. Me preguntó dónde vivía y le contesté que en Macaracuy. “Tal como me lo temía –soltó otra gran

carcajada—, Macaracuay, esa urbanización tan sifrina”. Yo le pregunté dónde vivía él. Me dijo que por El Cafetal. Lo pensé, pero no se lo dije: “Al menos también es un sifrina”.

Antes de bajarse en la estación que le correspondía, me pidió el teléfono.

Miriam: En agosto de 1977 llegué a Venezuela con Andrea y Gonzalo; ellos tenían 8 y 10 años de edad. Héctor trabajaba en una compañía que mantenía subestaciones eléctricas y había alquilado un pequeño apartamento en La Candelaria. Yo hacía trabajos de arquitectura. En pocos meses nuestra vida comenzó a estabilizarse alrededor del trabajo y nuestros hijos. A finales de 1979 se presentó una oportunidad de comprar a crédito un apartamento en El Cafetal y la aprovechamos. El año 1980 lo recibimos allí, en esa zona residencial emblema de la clase media caraqueña.

A los niños los inscribimos en natación; Gonzalo no logró alcanzar el nivel competitivo que deseaba debido a que padecía de asma desde muy pequeño. A causa de esa dolencia debimos medicarlo con cortisona, un esteroide que ayudaba a aumentar su capacidad pulmonar. A eso y a la contextura robusta de su padre se debía esa estructura corporal recia que lo caracterizaba.

Mariale: Bajo de estatura, un poquito más alto que yo, pero muy fuerte, con unas espaldas anchas y unos brazos y manos que hacían daño; parecía un toro. Andaba muy serio casi todo el tiempo, como concentrado y reflexionando sobre algo muy grave o muy importante; ése era uno de sus más poderosos encantos. Pero en las ocasiones más insólitas dejaba brotar cataratas de un humor negro, ácido, cruel; varias veces me he despertado en la madrugada escuchando esa risa burlona y lacerante con que me humilló el día que nos conocimos.

José Alfredo: Un día estábamos Gonzalo, Mauricio y yo en casa de Mauricio, en El Placer, revisando un armamento que teníamos bajo resguardo. Teníamos unas subametralladoras, unas pistolas automáticas y un par de granadas fragmentarias. Yo levanté descuidadamente una de las granadas, el gancho de seguridad quedó ensartado en una de las armas y se salió de la espoleta; yo me quedé con la granada en la mano, apretando el asa para que el explosivo no se activara. A partir de ese momento tenía ocho segundos para arrojar la granada, pero no pude tomar la decisión a tiempo: estábamos en una zona residencial llena de burgueses y en mi turbación no lograba escoger

el lugar preciso para lanzarla. Así que transcurrieron los ocho segundos y comenzó una larga tarde de pánico y de deliberaciones acerca de cómo salir de semejante problema.

Entre propuesta y propuesta, entre el espanto a lo que venía –alguien iba a morir o a resultar muy lastimado– y a tomar la decisión que nos afectaría menos, si es que había alguna, la carcajada maldita de Gonzalo, que a ratos nos hacía arrear y a ratos se nos contagiaba.

Miriam: Era un muchacho muy inquieto y sagaz; había aprendido a leer y a escribir prácticamente solo, a los cuatro años. Siempre tuvimos la impresión de que podía y sabía cómo tomar decisiones por su propia cuenta: evidentemente era más maduro que los niños de su edad. En Montevideo acostumbraba a jugar con hormigas y otros insectos, y recién llegados a Caracas inventó un complejo juego de mesa, con fichas que él mismo dibujaba y recortaba, y que simulaban aviones y naves. Invitaba a varios amigos a jugarlo, pero sólo uno de ellos, también hijo de uruguayos, mostró interés y se aprendió sus claves. Con él pasaba largo rato resolviendo las situaciones propias de ese pequeño universo, del que nunca tuve mayor información. Gonzalo mantenía esa actitud de estar sumergido en un mundo interior fabuloso.

Esa de manipular naves y aviones de combate fue una de sus pasiones. Se dedicó por un tiempo a armar modelos de aviones y sus favoritos eran los de la Segunda Guerra Mundial. El tema de la guerra también le interesaba. En casa teníamos libros sobre grandes batallas y él los devoraba.

Mauricio: De alguna manera Gonzalo y yo nos complementábamos como equipo, porque mis carencias encontraban remedio en sus talentos y el pana veía en mis locuras y vainas desafortunadas el caldo de cultivo para esa vida de acción que él estaba necesitando.

Para decirlo claramente: él era un carajo académicamente brillante y yo venía del mundo del hampa; él tenía posiciones políticas claras y un discurso profundo sobre el país y sobre América Latina, y yo apenas entendía el hecho de que había unos carajos que tenían mucha plata y había que quitársela. Pero yo era el tipo de los planes extraños y las acciones absurdas, y esto a Gonzalo le fascinaba. Cuando se armó ese combo llamado los Doce del Patíbulo, alguien empezó a proponer la necesidad de financiar el

movimiento, que ya no formaba parte del partido Bandera Roja y que por lo tanto era preciso encontrarle recursos y armas propias. Gonzalo vino un día y me dijo que se había tomado una decisión.

—¿Qué fue?, ¿qué decidieron? —le pregunté.

—Bueno, necesitamos armas y un pote o fuente para las finanzas. Para financiar las actividades, los viajes, las formas de insurrección.

—Y entonces, ¿qué hay que hacer?

—Bueno, ésa es su tarea, camarada, usted tiene el mapa mental de las posibles fuentes de financiamiento. Proponga y ejecutamos.

—O sea, que hay que salir a atracar.

—¡Claro, marico!

—¡Ah, vaina! Déjame ver qué jugada hay en el ambiente.

En efecto, yo tenía vistas algunas oportunidades y empecé a maquinarse las que parecían más fáciles. Por supuesto, yo no era ningún experto en operaciones ni un asaltante consumado, pero tenía la actitud, pues.

Así que le hablé a Gonzalo del lugar donde yo trabajaba. Era un centro de copiado donde había mucho movimiento y una caja fuerte donde había visto ingresar mucho dinero en efectivo. La costumbre de la dueña era guardar en esa caja todo el efectivo de la jornada y mandar a alguien en la mañana a depositarlo en el banco. Había además unos cuantos miles de dólares guardados allí. La mujer nos había confiado la combinación de la caja a varios empleados de confianza, y uno de ellos era yo.

Para llegar a la caja fuerte había que abrir una puerta y una reja dentro del local, y todas esas llaves sólo las tenía ella. El plan era entonces esperar una tarde a que ella saliera y dejar que estuviera lejos del negocio para arrebatarle la cartera. Bemba, uno de los Doce, me la entregaría. Yo debía esperarlo más bien cerca del negocio. La mujer no debía verme y yo me devolvería a abrir las puertas y la caja para sacar el dinero. A los muchachos les gustó el plan. Fijamos una fecha para ejecutarlo.

El día escogido estábamos cuatro carajos: Bemba, Gonzalo, Leonardo y yo, en un carro, esperando que saliera la dueña para seguirla. Nos estacionamos en la acera de enfrente, en línea diagonal al negocio. Serían las seis de la tarde cuando vimos a la mujer salir, echarle llave a la puerta y comenzar a caminar. Justo en ese momento se nos paró una patrulla

policial al lado; los pacos miraron dentro del carro y por supuesto que les pareció sospechosa esa junta: dos malandros negros y dos sifrinos catiritos.

Nos mandaron a salir y a poner las manos sobre el techo del carro. Nos preguntaron si estábamos vendiendo o comprando drogas, y nuestros lugares de residencia. Cuando el Bemba dijo “Propatria”, uno de los tom-bos dijo: “¡Ay, culo!, este pajarito no es de por estas ramas”.

Estábamos en eso, entregando la cédula y tratando de explicar qué coño hacíamos ahí cuando la dueña del negocio pasó por un lado y me preguntó qué pasaba. Le dije que nada, que nos estaban pidiendo los papeles a mí y a estos amigos: “Mire, se los presento”. La mujer encaró con dulce firmeza a los policías y les aseguró que yo era uno de sus empleados modelo, muchacho de bien, estudiante y trabajador y tal, y los pacos nos dejaron ir. Y, por supuesto, murió el plan de robar a la doña.

Otro de los planes fue ir a asaltar un burdel de lujo que funcionaba en un apartamento de Parque Central. Algunos de los muchachos habían ido varias veces de putas para ese lugar y aseguraban que los clientes dejaban una buena cantidad de dinero allí todos los días. La cosa quedaba en la torre Tajamar, piso tres.

Ese día fuimos Gonzalo, Bemba, Luis Paredes y yo; llevábamos dos revólveres calibre 38. La idea era acudir al sitio como simples clientes, y una vez adentro encañonar a la puta mayor, o como se llamara la mujer que regentara esa mierda, obligarla a entregar el dinero y escapar todos por las escaleras, y luego cada uno por una ruta distinta. Era impecable ese plan de fuga que diseñamos.

Llegamos al apartamento indicado y tocamos el timbre. Una mujer entreabrió la puerta, que estaba protegida con una de esas cadenitas de seguridad.

—¿Qué desean? —dijo la mujer después de mirarnos a todos de arriba abajo durante varios segundos.

—Culo —respondió la rata de Luis.

La mujer no reaccionó al momento, sino que se acomodó, encogió un hombro primero y otro después, tosió para aclararse la garganta, y nos dijo:

—Miren, señores, éste es un lugar para caballeros distinguidos y de alta categoría. Les recomiendo que vayan adonde las perras del piso cinco, ahí sí reciben a cualquiera.

Y dio ese tronco de coñazo para cerrar la puerta.

José Alfredo: Cuando no planificábamos nada se presentaban las grandes ocasiones. Una de esas ocasiones llegó el 22 de febrero de 1989, día miércoles; faltaban cinco días para el alzamiento grande, el Sacudón, y se notaba en el ambiente que las condiciones estaban maduras para ese estallido.

Ese día teníamos previsto realizar las acciones de siempre en las puertas de la Universidad. Los Doce del Patíbulo habíamos reivindicado el secuestro y quema de camiones y autobuses con dos objetivos o agregados: distribuir el contenido de las unidades, sobre todo cuando eran de alimentos, entre los familiares de pacientes que estuvieran en las afueras del Hospital Clínico, y distribuir también unos volantes informativos en los que explicábamos a la gente que aquello no era una acción puramente vandálica sino una protesta con motivaciones y objetivos políticos. Eso era lo que estaba en la agenda del día. Pero no lo que Gonzalo y yo hicimos dos horas antes de los disturbios.

Como no era el día habitual de las protestas –los jueves culturales– Gonzalo y yo salimos temprano a ver si dábamos un golpe en el Burger King de Los Ilustres, que quedaba cerca, pero al llegar vimos que estaba cerrado. Caminábamos de regreso a la Universidad cuando vimos a un militar sacando dinero de un cajero automático. Llevaba su arma de reglamento. Gonzalo y yo nos acercamos. Vimos que no había policías ni patrullas cerca. Yo me paré del lado izquierdo del militar y Gonzalo del lado derecho, él sacó el revólver, apuntó desde su pecho a la cara del hombre, que todavía realizaba su operación en el cajero, y le dio la voz de “quieto”: “Entrega la pistola. Cuidao con una vaina, bicho, del lado de allá te están encañonando también. No te pongas supermán que esto no es una película”.

Mariale: Implacable con el enemigo y muy dulce y respetuoso con nosotros, con su gente, con quienes consideraba su gente. Una vez fue de excursión con unos amigos a Roraima y los sorprendió la noche en el camino. Llegaron a una especie de choza grande que parecía deshabitada; llamaron varias veces y no hubo respuesta. Gonzalo me contó que el frío era lacerante, pero que aun así decidieron dormir fuera de la choza. En la madrugada llegaron unos indígenas y al verlos allí los invitaron a pasar. Al amanecer uno de esos indígenas le regaló un arco y una flecha, en reconocimiento del respeto

demostrado en su ausencia, por no haber entrado a dormir sin permiso. Gonzalo tenía en su cuarto un cuadro artesanal con una frase de Tagore que le había regalado su hermana, Andrea: “Si encuentras cerradas las puertas de mi corazón, derríbalas”. Creo que su inmensa timidez no le permitía cumplir siempre con esta instrucción.

De todas maneras esa misma timidez y esa misma dulzura derribaron mis propias barreras el día formidable en que nos fuimos con José Alfredo y Carola, quienes eran compañeros “compañeros”, esa manera tan graciosa de los comunistas de nombrar a las parejas, amantes, novios o esposos, a casa de mi tío en El Paraíso. El tío era militar activo y se había ido de vacaciones al exterior. El viejo dejó sus llaves mal puestas en mi casa, yo las tomé prestadas y así fue como invadimos el apartamento.

Una vez allí registramos cuanto había que registrar y lo único digno de tomar prestado eran unos uniformes de soldado. Deliberamos un rato a ver qué provecho podíamos sacarles a esas ropas, y decidimos que la próxima intervención de los Doce iba a ser armada y además uniformada. Las vestimentas del ejército y de la guerrilla eran parecidas.

Pero la acción armada que yo, pobre adolescente coleccionista principiante de besos, no sabía si evitar o disfrutar, se produjo sin estrategias ni coordinadas ni plan de ataque. Los amigos nos cedieron el espacio más propicio para la batalla, yo cedí cuanto el miedo me permitió ceder y mi compañero me otorgó una de esas noches que no se olvidan.

Como grupo, núcleo o foco de activistas, nuestros espacios más importantes de encuentro y acción eran la UCV; La Vega, adonde nos llevaron Ángel y José Alfredo, que vivían allí; el magnetismo del cura Francisco Pérez y toda la corte de legendarios de la guerrilla, y eventualmente la universidad Simón Bolívar. Pero como amigos, ya el grupo más cerrado e íntimo –José Alfredo, Carola, Gonzalo y yo– teníamos nuestros propios puntos de encuentro y reunión; casi siempre quedábamos en vernos en el Centro Comercial Chacaíto, en una pastelería en Altamira, en la casa de Gonzalo u otras. En esos espacios nos mimetizábamos: a los ojos de los que pasaban no éramos los bichos peligrosos, sino un grupo más de catiritos que hablaban con más solemnidad que los demás, pero al final parecíamos tan sifrinos como ellos.

Leonardo: José Alfredo era hijo de un tipo muy poderoso e influyente del estado Monagas; era dirigente del partido de Gobierno y de paso juez. Era algo así como nuestra conexión más cercana con el poder. Él nos ayudó a sacar de la cárcel a varios camaradas, más de una vez. Gonzalo, un exiliado político que vivía en una zona tan sifrina como El Cafetal; Carol y Mariale, unas chamas estudiantes que no tenían ninguna necesidad de andar juntándose con facinerosos. Pero todos andaban en movidas peligrosas con los grupos extremistas; de hecho ellos eran en sí mismos un grupo extremista, y por eso se ganaron nuestro respeto.

José Alfredo: Así que le quité el gancho protector a la espoleta, sin querer, y me quedé con la granada en la mano. Todo indicaba que iba a estallar y a hacerle daño a alguien. Al menos una persona iba a resultar muerta o muy lastimada, y obviamente esa persona iba a ser yo. Mauricio intentaba ser el organizador, el hombre de la mente fresca, y formulaba propuestas o alternativas para salir del problema. Ninguna de esas propuestas me gustaba en lo absoluto, porque todas contemplaban la mutilación de mi mano o mi brazo, en el mejor de los casos. Gonzalo parecía muy asustado o muy divertido y su reacción era esa risotada aguda y antipática que en aquella situación de mierda sonaba mucho más macabra.

Deliberamos, creo que cerca de tres horas. Yo sudaba copiosa e incontrolablemente y comencé a temer que la granada se me deslizara de la mano debido a la humedad y al temblor que se me instaló en el cuerpo. Mauricio me decía que sacara el brazo por la ventana y me cubriera con la pared, que tratara de arrojar la granada lo más rápido posible, que tratáramos de ahogarla dentro de un tobo de agua. La rata de Gonzalo escuchaba cada proposición, se fijaba en cada uno de mis síntomas de pavor y se carcajeaba.

Ángel: Durante los primeros meses del año 1989 el clima de agitación se notaba, ya no sólo en los alrededores de la Universidad, sino en la prensa, en la actitud de la gente en la calle, en la ausencia de noticias alentadoras que resultaran creíbles. La misión de los Doce del Patíbulo, que fue siempre llevar hasta límites extremos la agitación y el disturbio callejero, encontró un escenario formidable en ese ambiente enrarecido. En la UCV ya se nos veía como una especie de vanguardia a la que se juntaban automática y masivamente todos los revoltosos, y el clímax de ese rol sobrevino el 23 de enero. Ese día,

emblemático para la burguesía en el poder pero también para el pueblo engañado, nos presentamos encapuchados y vestidos con unos uniformes militares que encontramos en casa del tío de Mariale, y recorrimos la Universidad repartiendo volantes y voceando consignas y microdiscursos sobre la naturaleza y la reciedumbre de las luchas que se avecinaban. La gente nos miraba con algo de espanto y también con extrañeza; a Mariale el uniforme le quedaba cuatro tallas más grandes y a José Alfredo la chaqueta le llegaba a la mitad de los brazos. Pero cumplimos esa rara jornada de agitación. Rara, porque consistió en la difusión de un mensaje y no en el disturbio callejero de siempre.

José Alfredo: El día que le quitamos el arma al militar –22 de febrero de 1989– ya teníamos tiempo discutiendo sobre la pertinencia o la necesidad de realizar alguna acción de envergadura, al margen de la protesta estudiantil estándar, que nos proporcionara recursos y nos hiciera adquirir músculo y destreza en otro tipo de operaciones. Varios partidos tenían su ala militar, y por cierto que algunos habían sufrido bajas importantes: dos comandos solitarios de la Liga Socialista y de Venceremos habían intentado asaltar bancos y camiones blindados y fueron exterminados con pocas semanas de diferencia. En Carrizal cayeron cuatro activistas en mitad de un atraco bancario, y a otros dos los abalearon en Los Ilustres, sorprendidos al interceptar un camión blindado, a causa de una delación.

Leonardo: Yo estuve reuniéndome con los compas caídos en Los Ilustres semanas antes de esa operación fallida. No faltaron las intrigas ni los riesgos innecesarios. Los compas querían dar un golpe en un banco y el plan en el papel se veía perfecto, sin fallas. Pero cometieron algunos errores tácticos, tal vez por inexperiencia y poca formación. Uno tenía que mandarlos a callar varias veces cuando nos reuníamos en sitios públicos o abiertos, porque la euforia hacía que alguno se emocionara y comenzara a levantar la voz mientras hacía comentarios cruciales sobre el plan.

También cometieron un error clásico: presentarse a las reuniones con muchachas ajenas al movimiento. Era evidente que algunos lo hacían para impresionar a la novia o chance de ocasión. Todas parecían muy discretas, distraídas y hasta poco interesadas en el tema.

Todas, menos la Catira.

José Alfredo: Aquel 22 de febrero de 1989 la protesta fue muy violenta: los cuerpos represivos estaban enardecidos. Era el clima previo al estallido del 27. La policía acostumbraba “aliñar” los cartuchos anti-disturbios de sus escopetas. Normalmente éstos vienen llenos con partículas de plástico que pueden causar daños en la piel pero no son letales. El “aliñado” era la sustitución de esos fragmentos plásticos por guáimaras metálicas, plomo y municiones. A mediodía la policía efectuaba disparos de escopeta con estos cartuchos y uno de aquellos plomos alcanzó la cara de Carlos Yépez, un empleado de la UCV.

Cuando uno está en una balacera hay una especie de ley física que de alguna manera les da ánimos a los combatientes o manifestantes. Tiene que ver con el sonido de los disparos. Si escuchas un disparo, ya sabes que esa bala no era para ti, porque la bala llega primero que el sonido. Cuando sabes esto llegas a sentir una especie de supremacía sobre ese disparo, que ya no te intimida, porque cuando lo oyes ya es materia inerte, no te puede dañar. Otra forma de decirlo: tú no escucharás nunca la detonación del arma que te va a matar, porque ese tronido llegará un segundo después de que hayas muerto. Lo confirmé a dos metros de distancia del compañero Carlos Yépez: escuché un ruido de huesos destrozados, “prac”, el compañero volando un metro hacia atrás y, un instante después, la detonación.

Leonardo: Sé que suena ridículo, siempre es sospechoso y desagradable que uno lo diga de esta manera, pero ni modo: “Compañeros, yo les dije que tuvieran cuidado con esa mujer, con la Catira, antes y después de descubrirla”. Nosotros éramos jóvenes y era normal que se nos acercaran algunas chamas militantes o aspirantes a militantes, atraídas por la adrenalina y por aquellas leyendas en formación. Siempre el juego de la seducción se nutre de las cosas que cada quien ha hecho o dice hacer en la vida, y era difícil que ciertas jóvenes se resistieran a la figura de unos pichones de guerrilleros. A pesar de la fama de bichos sucios y antisociales, o precisamente a causa de ella, varias muchachas nos revoloteaban como las moscas a la mierda y muchas de ellas eran lindas. Pero era demasiado obvio que aquella mujer no era como las otras ni se nos había acercado como las otras.

Era una catira voluptuosa, perfecta, de ésas que están tan buenas que no existen; cualquier descripción que haga se parecerá demasiado a la de las

actrices de cine de nuestros sueños, así que no diré más sobre aquel cuerpo, aquella actitud de hembra fatal, aquel lenguaje corporal inquietante.

Cuando Raúl la llevó a la primera reunión, presentándola como su compañera, la caraja asumió una actitud distinta: escuchaba con atención, miraba a los camaradas al rostro, creo que incluso tomaba nota. No comenté nada esa vez. Hasta que Chejendé llegó con una noticia: había visto a La Catira salir de la sede de la Disip –la policía política– en una moto. El pana lo advirtió, lo repitió, lo gritó varias veces. Raúl nunca lo aceptó, y los demás camaradas tampoco tomaron muy en serio el descubrimiento del chamo. La operación terminó con dos muertos y dos presos y a la Catira no la volvimos a ver nunca más.

Ángel: Tratar de darle contenido político a aquello que se desbordaba era difícil, pero muchos sentimos que era nuestro deber intentarlo. Desde el mediodía del 27 estuvimos varios compañeros agitando a lo largo de San Agustín del Norte, avenida Lecuna. Un momento estelar sobrevino cuando unos reporteros de televisión se detuvieron frente a Parque Central a tomarles declaración a algunos manifestantes. Yulimar, que andaba con nosotros, se lanzó el discurso de la desobediencia. Fue una rara oportunidad, de las que casi nunca nos otorgaban los medios de información de la burguesía, ésa de cederle a uno de los nuestros las cámaras y los micrófonos para que difundiera el decir de la rebelión. Y Yulimar lo aprovechó: en los pocos segundos que estuvo frente a las cámaras resumió muchos años de luchas y anhelos del pueblo.

Yulimar no pudo verse a sí misma en el noticiero de la noche, porque pocos minutos después de dar su declaración esa tarde, frente a Parque Central, en el inicio del estallido de 27 de febrero de 1989, un policía metropolitano le disparó a corta distancia con una escopeta y nuestra camarada cayó muerta frente a cientos de manifestantes. Nada logramos salvo identificar al asesino, que resultó ser el cabo Canelón.

Recordé una frase de Gonzalo: “No siempre el victimario es el vencedor”. Pobre consuelo en aquella tarde pavorosa y triste.

José Alfredo: Teníamos entonces en las calles el 27 de febrero. Aquello que llamábamos “vanguardia estudiantil” andaba desconcertada. Nos llegaban noticias de lo que ocurría en varias partes pero tardamos en saber

que los sucesos cubrían todas las ciudades importantes del país. En la UCV hubo disturbios, como siempre, en Las Tres Gracias. Pero pronto tuvimos que desmovilizar este foco y tratar de intervenir en la revuelta grande.

El día 28 nos fuimos a La Vega Ángel, Gonzalo, Mauricio, yo y un compañero de la Escuela de Ingeniería de la UCV, todos muy activos durante las protestas estudiantiles. Fieles al propósito de encontrar algún resquicio por donde colar un discurso político en medio de aquel movimiento telúrico, nos juntamos con la multitud. El resultado fue que el pueblo desbordado nos dio clases de resistencia y valor. Estuvimos allí dejándonos llevar, mirando cómo la gente sacaba los colchones a la calle y los incendiaban para evitar el paso de las patrullas policiales y tanquetas del Ejército. Así que nos dedicamos en un primer momento a colaborar con ese armado de trincheras improvisadas, a repeler a pedradas a la policía, a movernos conforme al ritmo que imponían la masa de gente y la necesidad de correr para no resultar herido o capturado.

En esto andábamos, incorporados a la energía desatada de la gente, cuando de pronto a nuestro lado, en mitad de la confusión, una mujer embarazada dio un breve grito y cayó con un balazo en el pecho. Si hasta ese momento la situación era infernal, entonces ya se convirtió en la guerra. Los ánimos tocaron fondo. Estábamos con los nuestros pero no podíamos dejar de sentirnos extraños. El amigo de la Escuela de Ingeniería se mantuvo firme hasta ese momento. Luego de ese episodio desapareció; cuando volvimos a encontrarnos, días después, hablamos mucho sobre la gigantesca diferencia entre participar en un disturbio en las afueras de la Universidad, y en otro a campo traviesa, sin nada que te proteja salvo la organización, el valor y la entereza.

José Alfredo: Ese día logramos inventar una excusa para coronar unas armas en La Vega. Bajamos por los módulos policiales donde sabíamos que había policías encerrados, aterrorizados, y les ordenábamos que entregaran las armas en nombre del Movimiento Popular de Liberación (un nombre que inventamos en el fragor de la agitación, que en ese momento estaba tomando el control del Estado). Gonzalo era quien soltaba el discurso, con ese vozarrón y ese don de mando, algo como: “Señores funcionarios, somos miembros del Movimiento Popular de Liberación.

Tienen tres minutos para entregar las armas, sus vidas van a ser respetadas. No intenten oponer resistencia, sus superiores están bajo resguardo del Gobierno Revolucionario y queremos evitar seguir aplicando la justicia popular”. En dos módulos policiales funcionó la táctica. El tercero no pudimos desarmarlo porque estaba ya rodeado por el Ejército.

Como una granada cuando le quitas el seguro de la espoleta y sabes que dentro de ella todo el odio, la rabia, el miedo y la naturaleza homicida puede liberarse y destruirte: los hombres que no están acostumbrados a la guerra funcionan así, y los desactivas de esta manera: los sometes, mantienes agarrada la espoleta, los pones en su sitio; lo mismo haces con el gancho de la espoleta: lo metes nuevamente de donde lo sacaste y les das la libertad. Suelas la granada. Impones tu autoridad y nadie sale herido.

Ángel: Después del Sacudón, la masacre y desaparición de miles de venezolanos, el país tornaba a eso que la sociedad burguesa llama “normalidad”. Quienes estábamos activos en la Universidad sostuvimos muchas discusiones, algunas de ellas muy amargas, sobre la pertinencia de tratar de mantener el clima de agitación en las calles. No sé si por ingenuidad, por voluntarismo o porque los acontecimientos estaban demasiado frescos, pero el caso era que invertíamos tiempo y energía en discutir un fenómeno que escapaba a nuestras posibilidades de acción y organización: ya lo que estaba sucediendo en el país no iba a ser potenciado ni inhibido por el movimiento estudiantil o por vanguardia alguna. Todavía estaban muy frescos los efectos del Sacudón, la masacre contra todo un pueblo, la persecución contra gente del movimiento estudiantil, los carcelazos y las torturas contra la gente del 23. El punto era cuán necesario o recomendable era tratar de encender una candela después de apagado el gran incendio del siglo: el Caracazo.

Era la hora de la multitud desbordada y nosotros todavía creíamos poder incidir en el clima emocional del país a partir de algunas acciones. Gonzalo defendía una posición que a muchos nos parecía ofensiva o desproporcionada, porque nos aludía, pero que al final resultaba la más honesta: decía que quedarse gravitando en la Universidad era apoyar una forma de protesta más frívola que auténticamente revolucionaria. Veía un dilema por resolver: o nos quedábamos en la Universidad o nos juntábamos con el pueblo desbordado. Él decidió personalmente anotarse con la segunda opción.

En los días previos al 4 de abril hubo fuertes discusiones sobre la pertinencia de participar en una manifestación en particular: la que anunciaban unos estudiantes de educación media en la parte baja de Propatria. A unos nos parecía que era un error grave salir a exponernos en un evento tan local y además en una zona donde los cuerpos represivos se habían ensañado desde siempre con gran crueldad contra la gente nuestra, la gente pobre y los activistas de izquierda. Le tratamos de explicar que participar en esos disturbios era un error táctico con consecuencias en la estrategia, pero era inútil ponerse a lidiar con el temperamento del compa y tratar de disuadirlo. Para Gonzalo eso de replegarse o abstenerse de entrar en combate era falta de pundonor y una falta grave a los deberes revolucionarios.

Mauricio: La noche del 3 de abril dormí en su casa, como lo hice tantas veces. Su familia prácticamente me había adoptado; yo era una especie de extraño hermano que a veces colaboraba en algunas cuestiones domésticas y se esforzaba en no estorbar mucho.

Al día siguiente desperté tarde. Le pregunté a Miriam por Gonzalo; ella me dijo que se había ido muy temprano y sin desayunar. Me comí su desayuno, estuve un momento más en la casa, me despedí y salí a la calle. Eran cerca de las nueve de la mañana.

Cuando iba saliendo en la camioneta por puesto me enteré por radio de los disturbios en el liceo Andrés Eloy Blanco, allá en Propatria. No había noticias todavía del asesinato. Pero apenas oí el nombre del liceo pensé: “Gonzalo”.

Héctor: Quise que el asesino de mi hijo fuera juzgado de acuerdo con las leyes hechas por el mismo sistema criminal que le quitó la vida. Quise además que el abogado no fuera un camarada o militante de mis causas, sino un penalista ordinario, sin otro interés que el caso judicial. Identificar al asesino fue relativamente fácil, ya que durante el juicio sus propios compañeros de trabajo comenzaron a contradecirse entre sí o a señalarlo abiertamente. Ramón Piña se llamaba, natural de Coro, estado Falcón. Era cabo de la Policía Metropolitana para el momento del crimen.

En sus primeros testimonios aseguró que hirió a mi hijo en el enfrentamiento que se suscitó cuando éste emboscaba junto con otros a la patrulla en que viajaba con otros policías. Pero tanto los testigos que declararon como los policías que iban a su lado dijeron algo distinto. Gonzalo fue capturado vivo y subido a golpes en la patrulla policial. Dos horas después la patrulla lo dejó abandonado en el hospital de Los Magallanes con un tiro en un costado.

Mariale: El asesinato de Gonzalo se me llenó de símbolos, de pesadillas, de cuestiones numerológicas en las que nunca había creído. Gonzalo nació el 11 de noviembre, 11/11; lo mataron el 4 de abril, 04/04; tenía 22 años; nos conocimos el 9 de septiembre de 1988, 9/9/88. Los policías que iban en la patrulla donde lo mataron eran doce como los Doce del Patíbulo; la fecha de nacimiento de su asesino es 22/06/60 y su cédula termina en 888. Las simetrías son monstruosas y desencadenan hechos fatales.

El día anterior al de su muerte no pudimos vernos; él estaba ocupado y yo estudiando para un maldito examen de Geografía del maldito bachillerato. Yo estaba dispuesta a ir con él a la protesta del liceo en Propatria pero tenía que estudiar para ese examen. Es el motivo más triste y más patético, un absurdo que me da vergüenza repetir: no pude estar con Gonzalo ni intentar nada que le diera algún giro a nuestra historia, simplemente porque tenía una obligación tan ridícula como pasar una materia.

Quedamos entonces en encontrarnos en la tarde del 4 de abril en una pastelería de Altamira llamada La Placette, pero Gonzalo nunca llegó. Lo esperé por horas. Por supuesto que intuí que algo malo había pasado. Al acercarme a mi casa, en la acera, estaba Carola esperándome. Casi no hizo falta que me dijera nada. Varios metros antes de poder mirarle los ojos

comencé a derrumbarme. Recuerdo que me dijo: “No puedes dormir hoy en tu casa. Entra, disimula, invéntale algo a tu mamá y busca ropa para varios días. Prepárate para lo peor”. No sé qué clase de consejo puede ser ése, en un momento tan grave y con palabras tan violentas, pero en la voz de mi amiga me sonaron maduras y sabias.

Esa noche me tocó dormir en una alfombra blanca, peluda, mullida de quién sabe qué amigo solidario. No pude dormir, pensando, estupefacta, anestesiada por el golpe. Al día siguiente una profesora del liceo donde yo estudiaba me informó que la Disip había estado rondando el plantel, que lo mejor era que dejara de asistir por un tiempo, o que me retirara. Así, de un día para otro yo tenía otra rutina, otra vida, otros espacios. Y un vacío que no he podido llenar jamás.

Pero “lo peor”, ese algo monstruoso que vaticinó Carola, vino después. Después del funeral, después del impacto inicial.

Héctor: No quise para mi hijo ningún honor que él hubiera despreciado por tratarse de rituales burgueses o desproporcionados. Lo sepultamos en el Cementerio General del Sur, en una tumba pobre al lado de los pobres de Caracas. Mi único homenaje ha sido llevar el caso judicial hasta el punto en que la justicia burguesa funcione para castigarse a sí misma.

Gracias a los compañeros de mi hijo hubo algún revuelo en la prensa, mucha indignación entre la gente, que venía de un trauma espantoso como la matanza de febrero pero que, sin embargo, parecía muy conmovida con este asesinato del mismo sistema y el mismo estado de cosas. Una vez estuve frente a frente con uno de los jefes máximos de la Policía Judicial, Alexis Bolívar, solicitándole colaboración para que no fuera a quedar impune el crimen, para que el policía no fuera encubierto o protegido. Al escuchar el nombre de mi hijo exclamó, en tono de gran fastidio: “Coño, pero ¿vamos a seguir con este cuento? ¿Cómo era que se llamaba ese ciudadano? ¿José Martí? ¿Por qué era tan importante ese señor?”. Una voz me retumbó adentro: “Si esta gente no respeta a los vivos, ¿cómo va a respetar a los muertos?”.

Mis años y mis golpes me han enseñado las artes del autocontrol. A mi edad, mi furia puede expresarse de muchas formas. La mía es una rabia larga y serena que los ha ido devastando con sus propias herramientas y en su propio terreno putrefacto.

Miriam: Nunca quise involucrarme más de lo que Héctor me permitía en las cuestiones legales. Nadie conocía con tanto detalle el expediente como él. Supe de momentos específicos del caso, como el momento del sometimiento a juicio del asesino, que en un momento del proceso fue sometido a un régimen de presentación; el policía fue destituido de su cargo y debía presentarse todos los jueves en el tribunal y firmar un libro donde constaban sus asistencias.

La larga y serena rabia de mi esposo se expresaba de esta manera: cada jueves de su vida, durante los cinco años que duró el régimen de presentación, Héctor acudió a las puertas de ese tribunal. Miraba el rostro del asesino cuando éste entraba a la oficina, se quedaba mirándolo durante los largos minutos en que éste permanecía sentado, inmóvil frente al juez y los empleados del juzgado; continuaba mirándolo cuando el asesino era emplazado a firmar el libro de asistencia y cuando salía de la oficina. Lo miraba un rato más mientras se alejaba hacia su infecta libertad condicionada. Luego su vida seguía entregada al caso, a nuestra casa y a las rutinas del trabajo, hasta el jueves siguiente. Y recomenzaba el ceremonial de esa rabia callada y firme.

Mauricio: Recopilamos todos los datos de identidad y domicilio del asesino y dispusimos un plan para ajusticiarlo. El hombre vivía en Montesano, La Guaira. Varias veces fuimos a ese barrio a vigilar sus movimientos, a hacer un estimado de sus horas de llegada, de sus rutinas, de su entorno. Cuando tuvimos algo parecido a un plan de ataque y escape, listos ya para la emboscada, le comunicamos nuestra decisión a Héctor. El viejo nos dijo, con toda tranquilidad, que no era buena idea exponernos, arriesgarnos a perder a otro compañero. Pero su petición principal era que no le arruináramos su propio plan: “Ya mi ajusticiamiento empezó hace rato en los tribunales. Les pido por favor que no me lo echen a perder”.

Mariale: Mi obsesión tenía forma y oscuridad abismales, y se reconcentró en un lugar específico: el escenario donde Gonzalo fue capturado por los policías. Había oído y leído varias veces que ese lugar quedaba en las veredas de Propatria, en el barrio Morochito Rodríguez. Les pedí a Ángel y a José Alfredo que fuéramos a ese sitio. Yo tenía que ver y recorrer la locación de mis pesadillas: Gonzalo enfrentando a un escuadrón de criminales, Gonzalo

ayudando a unas muchachas a cruzar el puente sobre aquel abismo, Gonzalo cayendo irremediablemente en las profundidades, Gonzalo capturado y vejado. La reconstrucción de sus últimos minutos de vida me parecía importante, y necesitaba estar presente en el *dónde*. Tal vez sólo quería cumplir con ese ritual que recomiendan los psicoanalistas: si te atormenta, confróntalo. Los compañeros aceptaron ir.

Llegamos al barrio y recorrimos el posible trayecto de la huida: el frente del liceo, la pequeña calle que da hacia las veredas, unos 20 metros de casas, algunas de ellas con zaguán o jardín, y finalmente el campo abierto que desembocaba en la quebrada. Caminamos hasta el lugar y llegamos. Ahí estaba el lugar de mis obsesiones. Cuando lo vi rompí a llorar. Luego me detuve porque quise reírme un momento. Pero, una vez más, pudo más el llanto. Le acababa de dar la bienvenida a otro tipo de dolor.

La quebrada donde lo capturaron es una zanja de no más de dos metros de ancho y medio metro de profundidad, por donde corre a duras penas un agua putrefacta. Gonzalo no combatió a sus asesinos en el escenario grandioso, épico y monumental que me desvelaba, sino en una vil cuneta por donde fluyen o tratan de fluir algunos líquidos innobles. En esa mierda de escenario fue donde lo capturaron. Ahí cayó Gonzalo. Ahí se terminó su historia.

José Alfredo: Finalmente el asesino fue condenado a 12 años de cárcel por homicidio calificado, exceso en el uso de la fuerza en ejercicio de sus funciones y otros cargos de éstos que sólo saben pronunciar los abogados. Por unos años supimos de su reclusión en la Zona 2 Catia, que es el lugar donde internan a los policías delincuentes. Luego no hemos sabido de su destino, su nombre desapareció de los registros. Ha sido imposible saber si murió, si huyó de la cárcel, si todavía está en algún otro recinto.

Nuestro único consuelo es que Héctor, al morir, se llevó una victoria y su hambre de justicia satisfecha. Logró llevar al asesino a la cárcel, logró meterlo en prisión. No deja de ser una triste victoria, porque nada puede compensar a la muerte, sino la muerte.

Mariale: Cada día de su cumpleaños y de su muerte voy a dejarle una rosa en su tumba, otro ritual de librito que no quiero abandonar. Una vez, creo que en el tercer aniversario, al llegar a la tumba noté que alguien

se me había adelantado y había dejado un clavel. Al año siguiente volví a ver una flor depositada allí antes que la mía. Y tiempo más tarde logré ver a la autora de esos homenajes: una muchacha que al verme venir a lo lejos se marchó en sentido contrario. Un día tal vez logre conversar con ella.

El dolor es como la energía: pasa y se transforma, pero no desaparece. Ésa es la sensación: ya no duele pero anda por ahí, transmutado en otras cosas. Después de veinte años queda una cicatriz que la tocas y la mueves y la jurungas y no hay dolor. Pero queda algo en su lugar. No sé cómo se llama ese algo, pero es lo que me garantiza que no habrá paz ni olvido.

—Bueno, carajita, llévate esta lista de familiares y amigos. Son testimoniantes valiosos. Todos conocieron a Gonzalo y son gente buena. Gente que estaba haciendo Revolución cuando decir eso se pagaba caro. Así que trata de controlar tus malcriadeces cuando hables con ellos —dijo Leonardo.

—Sobre todo cuando entrevistes a Miriam. Ésa sí te clava tu coñazo —dijo Óscar.

—No, yo soy antipática nada más frente a los viejos verdes como ustedes. A la señora la voy a respetar y capaz que termina queriéndome —dijo Mariana.

—No me extrañaría. Si hasta la rata de Mauricio era como un miembro más de esa familia —dijo Leonardo—. Esa gente tenía duende hasta para amansar a los bichos más raros. En el año 87 Gonzalo fue a Colombia a establecer relación política con gente organizada de allá. Por cierto que en Bogotá lo sorprendió un episodio de violencia y represión: violencia de los narcos y represión generalizada del Gobierno contra los barrios pobres. Cuando los cuerpos represivos colombianos no sabían de dónde venía tal o cual ataque entonces se ensañaban contra los barrios pobres. Gonzalo estuvo ahí unas semanas y se trajo muchas sensaciones, testimonios y enseñanzas. Bueno, el caso es que en ese tiempo que estuvo afuera el Mauricio estuvo frecuentando la casa, porque ayudaba a Héctor a hacer mecánica y otros trabajos duros. La hermana de Gonzalo era una chama muy joven y muy hermosa, pero Mauricio y todo el mundo la trataron siempre con respeto y distancia, entre otras cosas porque no era muy cómodo tener que soportar una mirada amenazante de Gonzalo por más de medio minuto. Mauricio contaba que un viernes, al terminar el trabajo del día, Héctor llamó a la muchacha, le dio un dinero y le dijo: “Andrea, por favor, lleve a Mauricio al cine”. Una forma muy hermosa de expresar agradecimiento y de otorgarle plena confianza a un desadaptado como ése. Mauricio decidió llevarla a la Cinemateca Nacional, donde Yulimar Reyes trabajaba como acomodadora y cuando los panas íbamos nos hacía pasar gratis. Gonzalo iba muchas veces a ver películas libremente, ayudado por Yulimar —nuestros dos mártires unidos de alguna forma por la cinematografía—. Cuando Mauricio le contó ese episodio a Gonzalo, el pana y que puso una cara de arrechera gigante. Pero eran vainas de Héctor, y Mauricio las asumió con respeto.

—Bueno, viejos maricos, va siendo hora deirme. La próxima vez espero que me cuenten algo más organizado y con menos mentiras y exageraciones —dijo Mariana.

—¡Ah, no joda! —dijo Leonardo.

—Vete par coño —dijo Óscar.

—¿A ti nunca te echaron una pela cuando muchacha? —preguntó Ángel.

—Sí, en la casa me echaron varias pelas. Y me siguen echando pelas en la calle. Ayer me llamaron peazo ‘e puta chavista porque pasé en medio de una marcha de la derecha con mi camisa roja —dijo Mariana.

—Ajá, ¿a que a esa gente sí no la insultaste ni le respondiste nada? —dijo Leonardo.

—No seas güevón, eran como mil malditos contra mí sola.

—Bueno, vaya con cuidado, pues —dijo Ángel—. Estos bichos convocaron a un paro general y van a seguir jodiendo. Apréndete la lección de la capucha: hay que seguir combatiendo pero es bueno cuidar la identidad. Si nos van a joder que nos jodan en el campo de batalla, no mientras caminamos tranquilamente por las calles.

—¿Se fijan? —dijo Mariana—, ahora que estamos en el Gobierno, ustedes siguen teniendo esa actitud de clandestinos, como si los conspiradores fuéramos nosotros. Los que deberían andar escondiéndose son ellos.

—Pero es que nunca vamos a perder la condición de subversivos —dijo Leonardo—. No hay gobierno más subversivo que éste. Y esos criminales que tú ves conspirando ahora son los mismos que mataron a Gonzalo, a Yulimar, a Sergio, a todos ellos. Y tienen el mismo poder y los mismos recursos. Así que ponte las pilas, no te pongas a contar con que la policía te va a salvar ahora de la masacre y la coñaza. Cuidado si hasta se ponen a dispararnos otra vez si se pone la vaina fea.

—Ya está bastante fea —dijo Óscar—. El alcalde y el jefe de la Policía Metropolitana siguen siendo el enemigo. La luna de miel con el chavismo les duró poco. En el 99 amaban a Chávez; tres años después ya están conspirando. Así que anda con cuidado. Y controla ese hocico, muchacha.

—Mira, pajúo —respondió Mariana—, cuando alguien me haga controlar el hocico me amanso y me inscribo en un partido de derecha. ¿No les gustaba la rebeldía? Bueno, tomen por el pecho, ésta es la mía.

—Ah, vaina, nos salió feminista la chama... —dijo Ángel.

—Feminista, un coño. Es más: paguen las cervezas. En esto sí soy machista, conservadora y tradicionalista —dijo Mariana.

—¿Tenemos con qué pagar? El día de cobro está lejos. Hoy apenas es 10 —dijo Óscar.

—Y los bancos y comercios tal vez no abran mañana. Hay un verguero serio en el país. Esos carajos van a venir con todo —dijo Leonardo.

—Mañana es 11. ¿Ustedes creen en la numerología? 11-04-2002 —dijo Mariana.

—Yo en lo que creo es en la rumba de coñazos que nos vamos a dar con esos carajos en estos días —dijo Leonardo—. Acuérdate de los versos: *Volverán los antiguos incendios, / aquella luz violenta y poderosa...*

Índice

Nota editorial	7
Primera parte	11
Segunda parte: Jaurena	51

Edición digital
Abril de 2019
Caracas, Venezuela



Tiempos del incendio recrea la atmósfera de agitación e inestabilidad social de finales del siglo XX venezolano; un momento en que las protestas estudiantiles eran reprimidas brutalmente por los cuerpos de seguridad de la época. La novela reconstruye –de manera fabulada pero con evidente base real- la historia de un grupo de estudiantes universitarios que se entregaron a la lucha por la igualdad social y política, siendo protagonistas de un periodo crucial para nuestra historia: el paso de una a otra Venezuela, la frontera temporal, política, económica y cultural marcada por el Caracazo o el Sacudón. Entre datos reales y ficcionales asistimos a los últimos meses de vida de un ardoroso combatiente: Gonzalo Jaurena, hijo de exiliados uruguayos, quienes huyeron de las dictaduras impuestas en el cono Sur por Estados Unidos mediante el Plan Cóndor. Ambas realidades, la del Uruguay de los años 70 y la de Venezuela del 89 se parangonan en dos generaciones de luchadores y mártires, que dejan un legado de rebelión popular y reivindicaciones históricas.

José Roberto Duque (Carora, 1965). Escritor y “periodista de facto”, término que se ha autoasignado con sarcasmo contra quienes sólo consideran periodistas a los graduados en alguna escuela de Comunicación Social. A su paso por varios medios de información impresos (*El Universal*, *Diario 2001*, *El Nacional*, *Temas Venezuela*, *Pueblo en revolución*, otros) publicó crónicas, análisis y reportajes en fuentes tan disímiles como hipismo, deportes, sucesos, farándula, espectáculos, ciudad y política. Trabajó en la televisora Ávila TV y en la Agencia Bolivariana de Noticias (antes Venpres) como coordinador de Información. Su obra bibliográfica incluye trabajos periodísticos (*Guerra Nuestra* –1999 y 2012–, *Vivir en frontera* –2004–,), testimonios (*La Ley de la Calle* –1995–, *Del 11 al 13* –2007–, *Historias sobrevivientes* –2012–), novelas (*Salsa y control* –1996–, *No escuches su canción de trueno* –2000 y 2014–). Permanece en constante estudio de la realidad política del país y de la relación de ésta con las de otras latitudes, contribuyendo, con un agudo tono, al desmontaje de falsas matrices mediáticas a través de artículos de análisis y opinión. Actualmente transmite desde los medios digitales *Tracción de sangre* y *Misión Verdad*.

